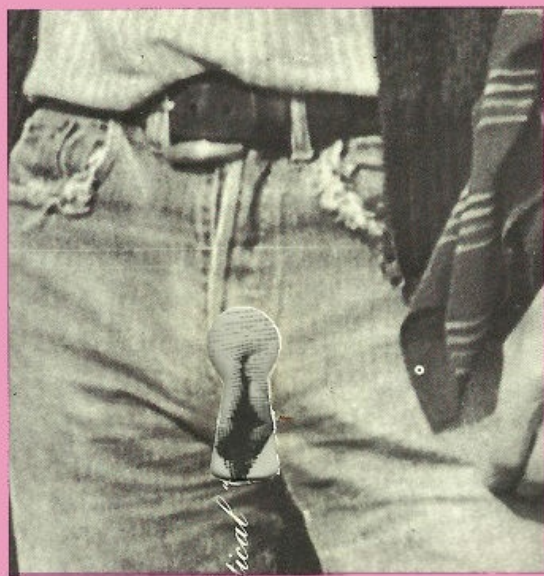


Pablo Casado

Tres días / Tres noches



La sonrisa vertical



Tres días / Tres noches es la crónica, el testimonio, de unos jóvenes, entre los 20 y los 30 años, que se mueven por el mundo a ritmo de rock y «canuto», en la más tranquila indiferencia de los valores que, se supone, sostiene nuestra sociedad, «montándose» a placer con quien sea y dondequiera que les lleve el cuerpo: al baño, a un camión, a una cama, a un catre, a la playa, a veces bien, a veces mal, como salga, según cómo sea la «movida», como la vida misma...

El ambiguo personaje femenino, que cuenta lo que ocurre en estos tres días y esas tres noches de su vida en que decide seguir a un «camello» a Marruecos, transmite su experiencia en el lenguaje metafórico, expresivo, de cualquier joven periférico de una gran ciudad industrial, pero en el que aflora, voluntariamente, la influencia de esporádicas lecturas ciertamente cultas, a las que trata con una mezcla de respeto e ironía.



Pablo Casado

Tres días / Tres noches

La sonrisa vertical - 37

ePub r1.0

Titivillus 19.10.15

Título original: *Tres días / Tres noches*
Pablo Casado, 1984

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Nota que la miran unos muchachitos,
no sabe si a ella o a su culito.

«Veneno»

Anochecer

La tarde es de lluvia. La luz tenue anticipa la noche. En la Plaza del Dos de Mayo nada ha cambiado: sigue destacando el quiosco, cuyas sillas verdes de la terraza están recogidas. La gente no se anima a llenar el lugar; sólo se la ve alrededor de la barra del quiosco, en un trasluz amarillo, llenando el estrecho lugar. Sus siluetas no son nítidas: la luz del día todavía puede con la artificial encendida. En la esquina con Velarde permanece un tipo apoyado contra la pared, los hombros y el pie izquierdo sujetándolo en la vertical. Lleva puesta una chupa de cuero negro y reclina la cabeza ligeramente. El pelo le tapa el rostro, aunque no puede decirse que lo tenga muy largo.

El tipo juega constantemente con las manos, que en pocos momentos cuelgan en el aire, como a disgusto con la situación. Cada rato cambia de pie sobre el que recae el peso del cuerpo, dejando al otro unos minutos de descanso contra la pared. El movimiento de las manos continúa. Su rostro es imperceptible en la creciente oscuridad y apenas lo levanta, siempre pendiente de sus manos, del juego que se traen consigo mismas...

La casa donde vivo, está en la esquina de la Plaza con la calle San Andrés. Tiene una vista sobre la plaza total. Los balcones curvan la esquina de San Andrés, sólo se oculta a la vista la calle del Dos de Mayo: se pierden dos esquinas de las doce.

En vez de encender la luz de la habitación y ver qué hacer en el piso, me siento fascinada por la media luz exterior que provoca el cielo encapotado. Instintivamente tomo una silla y me siento a horcajadas en ella, frente al balcón, el respaldo delante de mí, rozándolo mis pechos hasta que apoyo los brazos en él, la barbilla desplomada en los antebrazos. Desde aquí contemplo toda la vida de la Plaza: los coches escapando de Malasaña hacia Bilbao; la gente mirando en los bares,

cada día hay más, en busca de alguien, repitiendo en el siguiente, lejos ya de mi vista, y puede que tarde en encontrar a ese alguien; la débil lluvia del verano (cosa extraña en Madrid) humedece la arena, cambiando los olores neutros de la gran ciudad; el nuevo estanco aún está abierto.

El tipo sigue allí, pegado a la esquina. No puedo dejar de mirarle: después de rodear la plaza con la mirada, vuelvo a él; parece que siempre estuviera, como un añadido monumental, como Daoiz y Velarde bajo el arco. Algo me sube por el cuerpo, siento deseos de comunicarme con el tío, «más que nada porque sabes que no te vas a mover de la silla», me digo.

Respiro hondo y me estrecho en el respaldo. Ya no son sólo los pechos, también el vientre siente el roce de la madera. Un roce cálido que me atrae, que me incita a permanecer. Por un momento me tiran las piernas, desde las ingles, y tengo ganas de replegarme. Están muy abiertas a cada lado del respaldo, pero la molestia puede aguantarse.

La luz de las farolas vence, ya es de noche. En el campiri es posible que aún se vea en el horizonte la última claridad del día. Asunto que en nada altera el ambiente de la Plaza. A mi tipo se le acercan otros y al poco se van. Es el trajín típico. El día lluvioso ha eliminado la competencia. Llevo varios minutos sin dejar de mirarle y he localizado la movida. Es fácil y en cambio... (Sin dejar de mirar en su dirección) me pongo a pensar, tontamente, en lo legal del bisnes y en otras moralizaciones...

Cuando vuelvo en mí, hay dos chicas con él. Se van. No han estado ni medio segundo. Hoy no se hace de oro. Intento levantar la cabeza, y mi cuerpo vuelve a topar con la silla: ¡qué gusto de respaldo! Debe estar caliente, es cálido, pues cada vez me gusta más su contacto, me mantiene arriba. Hasta en el bajo vientre siento su inmediatez milimétrica, tamizada por la larga blusa blanca que llevo puesta.

Los pies desnudos, en el suelo de parquet, tampoco parecen sentir el frío que provoca este día desapacible. Pero lo que mejor lo pasa con la cálida sensación es la entrepierna. «¿Me estaré poniendo cachonda?». Mi sexo está cerca del

respaldo; en el asiento, en medio, hay un sobresaliente, justo para los dos muslos, que los separa perfectamente cuando la forma de sentarse es la *correcta*. La rayita nunca me había causado tanta impresión; no niego que me había fijado en ella antes, considerándola un buen invento, pero ahora la siento próxima a mi coño: no la toco directamente, apenas cerca para percibir su forma lacerante. Despacio y con ritmo, casi sin desplazarme, la siento rozar mis nalgas. Despacio: del ano al sexo. Con ritmo. Me enciende. Una corriente hace temblar mi espalda, y los pezones se ereccionan contra la madera. El vientre se acerca y se separa del respaldo, que parece animarse con el movimiento, creciendo su temperatura. Es como si se retorciera y amoldara a mi cuerpo. Pero no es lo mismo sentirlo en el torso que en el vientre. O en las pantorrillas, rozándome sus esquinas (¡por fin!), con el músculo terso. El sudor retiene la blusa, la hace vacilar entre el respaldo y mi vientre. Noto como se despegas de mi piel. Los brazos se deslizan por detrás del respaldo, acariciándolo, las manos extendidas, palpando una espalda suave y dócil, echando de menos unos poros auténticos. Noto las bragas húmedas. Los labios se inclinan, se abren, tienden hacia el sobresaliente del asiento, quieren ir más abajo, con ansias de besar, morder la raya...

—Pufffff...

¡Qué sudores! El bochorno de la tormenta cercana. Me levanto y me quito la blusa empapada. Las bragas como única prenda. Giro sobre mí misma.

—¡Ey!... —grito para tranquilizarme, pues he oído un ruido a mis espaldas.

No hay nadie en casa. Hace rato que ha dejado de llover. El cielo refleja una luz apagada; retorno de la luz eléctrica que inunda la plaza, una prolongación artificial del anochecer.

El interior del piso está a oscuras. Me quedo desnuda y paseo por la habitación tocando con las yemas de los dedos los muebles de madera, cuya superficie está cubierta de polvo; en el aparador hay casi un palmo. Me siento sucia por ello... En la cocina todo resulta metálico, incluida la fómica.

Salgo repelida de la cocina al pasillo. Alargo cuanto puedo el placer de la silla con el truco de sentir mi cuerpo desnudo atravesando la densa atmósfera del piso cerrado todo el día. Al pasar delante del espejo, me contemplo el perfil: el culo prominente, aunque no grueso; la espalda formando una curva entrante antes de volver a abrirse en el trasero. Exagero el gesto empujando el estómago hacia dentro. Los pechos salientes dan una esbeltez forzada a mi figura, como en las revistas. Doy vueltas delante del espejo, para verme en todos los sentidos. Unas partes de mi cuerpo me satisfacen y otras llegan a deprimirme, «¿o es un defecto del espejo?». Verme de espaldas es lo más cansado, y mi culo resulta demasiado saltón, aunque junte prietamente las nalgas.

El paseo continúa mientras se llena la bañera. El agua ligeramente tibia contrasta con la temperatura de mi cuerpo. Siempre me pasa igual. Según voy frotándome, mis pensamientos son otros: me acuerdo del camello, cuya presencia me detuvo en el balcón, y en la silla. Oigo sus pasos en el pasillo, el pequeño hiic de las bisagras cuando entra al baño, el cuero de su chupa que ha dejado en el taburete. Llego a imaginarme el chapoteo de la ducha en el agua de la bañera y a él, también desnudo, debajo del agua: me acaricia, resbala y se cuelga de mi cuello. Nos reímos, besándonos, a punto de perder el equilibrio los dos. El agua impide un contacto fogoso, pero nos excitamos más al resbalar nuestros abrazos, al chocar mis tetas. Su pene busca detenerse en mi vientre; tras sucesivos intentos, baja para tentarme en la abertura. Me resisto y trato de prolongar el juego: mirando hacia arriba, dejando lugar para que el chorro de agua caiga entre los dos cuerpos y se estrelle contra su capullo, para que sienta una sensación inesperada. Me giro y estrecho mis nalgas en su sexo, fuertemente. Siento su dureza, que no daña mis carnes, y aprieto un poco más. En el esfuerzo he de sostenerme con las manos en la pared, que caen cuando él también empuja. Al final, me sujeto en los grifos y me abro para facilitar su goce. El agua golpea sus riñones; intenta penetrarme. No le dejo. Atrapo la polla entre los labios, obligándole a moverse, así, en mi coño encendido, primero

espacio, procurando que llegue bien a mi clítoris y lo excite a fondo.

Abro los ojos: la alcachofa de la ducha está seca. El sonido del agua moviéndose, mientras disfruto tocándome, llega de muy lejos. De no ser por este ruido, la calma es total. La puerta de la calle se cierra de golpe. Me sobresalto llevando una mano a mis senos fuera del agua. Espero atentamente que alguien se acerque. Cuando vuelvo a relajarme, después de un segundo o dos, mi mano se entretiene acariciando suavemente las tetas y el cuello. Devuelvo la cabeza al borde de la bañera. El cuerpo resbala cuán largo es y trago cantidad de amargo jabón espumoso.

Desinhibida por completo del exterior, ya no necesito imaginar el placer, sino que lo siento subir a ráfagas cada vez que el dedo corazón cruza el clítoris. Cuando se escapa, lo recupero enseguida. Son los intervalos de placer intenso que percibo cuando cierro los ojos otra vez. Cuanto más fuertes son las sensaciones, más aplico el pulgar hundido entre los labios, perdiendo el punto por tanta presión y recobrándolo (tal como lo imagino) en el siguiente movimiento del dedo, que quiero permanezca ahí largo rato, hasta después del infinito. Pero el placer es irrefrenable. Llega el momento en que ya no pienso en nada; el agua hasta el cuello; los ojos cerrados fuertemente. La respiración cortada se confunde con el agua que me inunda la boca y la nariz...

Sola la primera noche

¡Ey! La casa está vacía. Habré imaginado el golpe de la puerta. En el salón todo está igual: la silla sigue en el centro del balcón, el respaldo próximo a la vidriera; aún conserva su calidez. En la Plaza, hay un gran bullicio. La gente se ha volcado a la calle en cuanto ha cesado la lluvia. De abajo llegan las voces de siempre, el trasiego de grupos (pocos son los que van sin compañía, si acaso andan buscándola). Enseguida se forman corrillos dispares y se suceden los encuentros casuales.

Abandono con un golpe de cabeza, echando atrás mis revueltos cabellos, la observación de la Plaza. El salón está menos oscuro que al anochecer. No tengo por qué encender la luz. Así, toda mi fina piel puede gozar plenamente de la intimidad que me ofrece esta noche. Recuerdo el baño (para nada la somera cena). Brmm, me patinan los dientes pensando en la cocina, donde hace un momento he recordado que algunos entusiastas hacen el amor, rodeados de útiles. «¡Mejor que no haya nadie en casa!». En estas circunstancias, lo paso chachi pirulí, cuando me vienen estos días de inadaptación. Pensando en ello, tengo un lapso de despiste y repito el paseo desnuda por la casa. Doy de nuevo en el salón (sigo sumergida en el espacio) y preparo un cubata maquinalmente, que tiene un gran regusto amargo a ginebra. En el plato del equipo hay ya un disco. Los murmullos que llegan de la calle hacen que imagine que alguien está espionando mi cuerpo desnudo. La idea me obsesiona y doy por supuesto que alguien se ha colado en el salón.

He estado tan chungamente enrollada con el mirón que me asusto un tanto al escuchar el rock bestia que resuena en la habitación, pese al medio volumen. Consigo pasar de ello dando largos tragos al cubata, agotándolo. Termino con el sopor que me ha atontado. Cambio la música por algo jipi, menos estridente, y me espatarro en el sofá para saborear la

bebida... mi desnudez.

Desnuda: «En tiempos de mi abuela no se podía gozar así, aunque la soledad era la misma. La represión cortaba cualquier salida imaginativa para llenar las horas... y mostrarse natural ante una misma». De inmediato me pregunto para qué pienso en los viejos. La nostalgia (visos de profundos pensamientos me invaden) pronto me aburre... Estar desnuda por casa me remite siempre a las *Crónicas italianas* de Stendhal, porque ellas me educaron de sopetón en el sexo y, ¡encima!, dieron rienda suelta a mi fantasía y a las costumbres pajeras que conservo (aunque con otro órgano...). La pretensión de imaginar la escena de un marqués (el rollo me viene solo a la cabeza y estoy segura de no encontrar el librito deshojado) paseando a su mujer e hija desnudas por el palacio, pero ahora, con gente de hoy, me apabulla locamente, me deprime.

«¡A la mierda! Menos mal que ha terminado el disco. ¿Habrà influido tanto ruido para imaginarme a lo bestia la escena, sin tantos planes maquiavélicos como los que se montaba el marqués? ¡Joder, qué pasada!». Dejo el sillón y voy a cambiar el disco chungalí.

Imagine: John Lennon.

Los discos se esparcen por el suelo mientras escucho el tecleado de la canción que da título al elepé. El susto ha sido oír pasos en la escalera. «No estoy dispuesta a que un día me cojan desprevenida». Paro de pensar cuando los pasos se pierden en el piso de arriba. Más tranqui, me agacho a colocar los discos. Uno de los discos ha hecho crac al mosquearme: ¡es de los Kinks! Por suerte no es el de Lola, que es mi canción. Aún así, es una lástima: total. Suena Jealous Guy, total: *just a jealous guy*...

I'm

Mientras abro el balcón para airear la habitación y me paro a mirar el revuelo de la plaza, termina esa cara del disco. El poco tiempo que dura el silencio dentro del piso me molesta. Hoy no coordino el físico con la mente. Al poner la otra cara en el plato, doy a tope el volumen para llenar la casa de sonidos armoniosos.

El dormitorio que tengo es soso, sin gracia especial, soy lo suficientemente vaga como para no decorarlo con esmero: es como una fijación atávica.

Hace rato que estoy metida en la cama. Me doy la vuelta hasta el borde. Las manos debajo de la almohada. Me da por dormir con la pierna colgando desde la rodilla. La pierna llega a formar un ángulo recto que me recuerda la posición a horcajadas en la silla de madera. Los pelillos del pubis parecen tocar la tela de las sábanas, como libres de la maraña que forman habitualmente, aplastados por las bragas. Además, si voy húmeda (como esta noche), siento los labios abiertos entre la densa selva (específicos y únicos) y quieren acercarse más para tener alguna clase de contacto carnal... El pecho derecho está aplastado contra el colchón; el izquierdo, suelto, siente, de tan sensibilizada mentalmente que estoy, las cosquillas que le producen las arrugas de la sábana y que el metódico respirar acaba por convertir en una caricia.

Apago la luz, pasando de leer la nota que hay en la mesilla (supongo que de los chicos), pensando en lo que va a tardar en venir el sueño, porque hoy es una noche de total conciencia.

En tales días, lo ideal es pasar, pasar inventando algo que me distraiga, aunque esté marcado por la conciencia y sean sueños repetidos, o recuerdos.

Había pasado sola mis últimas vacaciones, bastante cortada por mi reciente ruptura, y es que soy lenta para recuperarme de los golpes afectivos. Aquel día había elegido la playa de Santa Ponsa por puro azar. Era el atardecer. Acababa de tomar el último baño del día. Estaba incorporándome, porque me apetecía fumar un cigarrillo. Me senté. Hacia mi derecha, una rubia, extranjera supuse, acababa de llegar y estaba extendiendo su toalla a unos cinco metros de donde me encontraba yo. Una hora tardía, pensé, para quien viene buscando Sol. Había yo colocado mi esterilla perpendicular al Mar, pero me encontraba sentada de lado, de modo que enseguida nos vimos y, durante unos segundos, nos miramos. Tenía, tendrá, los ojos azules, no muy claros para un pelo tan rubio, superbrillante, una

virguería de ondas largas y finos mechones. Lo que más me prendó. ¡Cómo le caía sobre los hombros y qué raya tan bien marcada en el medio! La envidia corroía mis entrañas. Era la primera vez en años que me fijaba de esa manera en una mujer.

La rubita hizo el gesto de tumbarse, después del cruce de miradas, pero se quedó sentada, con los brazos cruzados en las rodillas y volvió a mirarme. Yo, encantada. No había dejado de mirarla, así que nos miramos de nuevo. Creo que nos interrogábamos. Se tumbó: con la cabeza hacia el Mar. Yo encendí otro cigarro. La miré, y como no correspondía, desvié rápidamente la vista hacia el chiringuito de la playa. Cuando volví a mirarla, se había vuelto a sentar, en cosa de nada, y estaba sacando un pitillo de su bolso playero, de paja.

De tanto vigilar empecé a sentir una mala conciencia total: estaba haciendo el papel de esposa. De un modo reflejo, miré hacia el Sol poniente. Verlo así, decaído, y recordar a la gente que me había acogido en Mallorca fue todo uno. Este pensamiento disimulado resultaba un fracaso, como las intenciones que inventé desde Madrid para estas vacaciones. El morbo provocado por mi timidez con la rubia nórdica se reproducía en muchas instantáneas juntas, que me traían la memoria: el cuelgue que llevo encima por sentirme abandonada y que, entonces, me hizo concebir el plan de montar una bronca inmensa a la pareja, haciendo saltar chispas de los roces matrimoniales de siempre, aprovechando el conocimiento carnal que tenía yo del tío y el mosqueo de la otra. Pero nada estaba saliendo bien. El círculo se cerraba, y yo regresaba al origen de mi enrollé mental sin haberme movido de mi parcelita en la playa.

Nunca habría imaginado que estos pensamientos me llevaran tanto tiempo: la rubia estaba recogiendo sus cosas. Encendí otro cigarro, ansiosa. A la mitad lo apagué, cuando ella recogía ya, por último, su paquete de cigarrillos. Con el rabillo del ojo, me percaté del camino que tomaba.

Su ausencia me obligó a pensar por qué me había fijado precisamente en una mujer. Entretanto, yo también recogía mis bártulos. Creía que había pasado un segundo, pero,

cuando miré, allende la playa, la guiri ya no estaba a la vista. Enfrente tenía unos apartamentos para turistas; a la izquierda, la carretera del pueblo: las dos alternativas que, entonces, imaginé para la repentina (para mí) desaparición de la rubita.

El camino de vuelta a la Ciutat fue una auténtica comida de coco, tullidas mis nalgas por la dura madera del transporte público. Era la primera vez en cinco años que pensaba en una mujer, como tantas veces había hecho en mi adolescencia.

Me siento incómoda de la posición en la cama, aunque me gusta, y me restriego un poco en las sábanas.

No sé cómo (en la playa desde luego no) consigo ligarme a la rubita. (Estamos en plena fantasía, pues nunca he sabido ligarme una pibita). Pronto entramos en su apartamento (a mi imaginación vuelven escenas de ducha amorosa que hago pasar lo más rápido posible en estos trances). Por algún aberrante sino cenamos en la terraza, justo debajo de su apartamento. La carta apesta a turista: *steaks*, *hamburguers* y pescados *meunière*. Pero, aun en esas condiciones, soy capaz de fijarme en su traje, blanco muy escotado, y sentir el ligero roce de sus rodillas bajo la mesa de jardín burgués. Después de cenar, vamos a la playa. Cogidas de la mano, caminamos al borde de las suaves olas, apenas existentes en esta profunda cala. De regreso, le retengo la mano, infantilmente, y le doy un fuerte beso en la boca, delante de todo el mundo: un grupo de guirufis, que bajan al pueblo, de mamados que van, no se enteran. Nos separamos para dejar paso, y nuestros cuerpos se siguen sintiendo próximos, pegados, mi cadera recuerda la suya. Después, le pellizco en la cintura, en... Se desternilla de risa. Insisto. Se expresa con groserías nada insultantes, que agradezco, y responde a mis ataques en la calle: es una pugna que provoca más alegría que dolor. Es la hora de subir al queo. En el portal, unos delicados mordiscos: el cuello, la oreja, la espalda, su precioso escote. Salen dos rubios grandes y rosados. Temo (espero) que nos aborden. Nada hacen y seguimos. La agarro por detrás... Vuelven los mordisquillos. Ella da un respingo sutil. Se resiste al principio. Se retuerce. Se inclina con el trasero hacia atrás.

Siento añoranza de algo... pasado. Y echa a correr escaleras arriba. La sigo sin poder alcanzarla. Doy media vuelta en la cama, para ponerme bocarriba. Mis dos manos en el lugar indicado. Aún siguen húmedas las raíces de la pelambre. Mis dedos no buscan repetirse como antes. Es preferible un estado emocional intermedio.

Hace cinco días que he vuelto de las Islas. Justifico la idea de esas vacaciones de mil modos: fue un flash impulsivo, apenas deseado. Remotamente inconsciente la intención de entrar en la historia de la pareja, para chincar. Ella ni siquiera manifestó sorpresa por las nuevas condiciones en que me veía. Un chasco. Porque, además, no ligué otra historia bonita con ellos, metidos de lleno en sus rollos cotidianos. La rubia del Norte fue la que empezó a desequilibrarme. La hermana de... terminó por empujarme en la pendiente del aturdimiento.

En la cama, vuelvo a darme la vuelta, bocabajo, con el vientre pegado al colchón, empapada en sudor. Pensar en las vacaciones pasadas hace que me ruborice: mi cuello y mis tetas se sonrojan; la cara no, pero le llega el sofoco de mi pecho. Rechazo de mi fantasía una escena de ducha con la rubia...

Al mediodía siguiente

Al despertarme, estoy completamente destapada, en la misma posición que anoche. Estaba soñando con la hermana de... En el sueño, ella aparecía grandota, inabarcable para mis abrazos, exageradamente para su cuerpo real: grande y hermoso. Tras un salto (onírico) en el vacío, me encuentro haciendo una presa (su cuerpo ilimitado, aunque yo haga fuerza para apretar más) con los muslos en su cintura, y sintiendo que mi miembro se pone duro, no en el sueño, sino en esta parte del umbral, mientras permanecía acostada. Enciendo la luz. «Nos vamos al moro (en grandes caracteres). Ya te traeremos algo guapo para que pases (la letra decrece por falta de espacio) toó el día colgá. Muchos besos y cuida bien la casa. (Casi ilegible)... el dinero... la cocina». Y lo firman.

En el espejo del lavabo compruebo lo pálida que estoy. Me lavo como los gatos: los ojos, por las legañas; las orejas, para oír bien. Mientras animo mi cara con colorete, no puedo dejar de pensar en la pasta del alquiler. ¡Lo bien que me vendría! Como todas las mañanas desde hace cuatro meses, tengo ganas de morder a mi alrededor.

Pensando en la gente que encontraré en el quiosco, cegada por el fuerte Sol del mediodía, tomando el aperitivo, pues es la hora, termino por pedir un café a la mujer, bajita y regordeta (los mofletes sonrosados a manchas), que atiende la barra junto a su marido, igual de bajo. En la mesa, sentado, está el camello de anoche, delante de un vaso vacío y una coca cola medio llena. Sigue con la chupa de cuero negro a cuestas y la cabeza caída. No le veo la frente; el color de la cara muy blanco y la nariz del tipo porky. Levanta la cabeza y nota que le estoy mirando fijamente.

—¿Tienes chocolate? —pregunto desde arriba.

—No —contesta con un gesto y se pierde, sentado en la silla.

—¿No sabes quién puede tener...? —me siento en su mesa.

—Mmmmmm no, tía —y encoge los hombros.

No me doy por aludida y pongo una luz infinita en mis ojos.

—Venga... No seas pesada...

—¿Una chinita?

Está muy tirado: habla como si se le escaparan las palabras. Tengo que retocarme los cabellos y extender el colorete con los dedos, porque creo que, aun mirándome, no reconoce mi rostro, para futuras ocasiones.

—Vamos fuera, ¿no?

¡Estoy asombrada! Sentado en una mesa de la terraza, saca una bolita de papel plata y empieza a liar un peta con una china considerable. «Cerveza, dos» para después del café, pienso. Del canuto me llega la pava: «¿Tanto me he distraído viendo una pareja y a su perro sentados en la otra punta?».

—No es bueno, ¿eh?

—Sí.

—¿Has visto qué descarado se lo hace esa gente?

—...

—¡Tío, la pasma!

—Bah.

—¿No te han detenido nunca? —y le miro picaramente.

—Nunca llevo el marrón encima (miente), ¿qué pasa? Y, si pasa, se quedan un talego... para fumárselo ellos.

—Já, já...

El colega se siente suelto en el tema. Profundiza en unas cuantas historias personales, que bien pueden ser ficticias y escuchadas antes a otro camello. Tanto se repite que, sin dejar de mostrarle mi rostro con varias expresiones, mi mente divaga por las alturas, hacia el balcón de mi casa, que tengo enfrente.

Unos chavales interrumpen la historia de cómo pasa él el costo por Ceuta, enculado naturalmente. La negativa no corta a los muchachos y se van con la misma decisión de paso, como si llevaran una dirección concreta. El Sol pega de lo lindo; la plaza está semidesierta. Pasa otro coche de maderos

que no nos altera.

—¿Te vienes a comer?

—¿Dónde?

—¡A mi casa!

El camino es corto, pero voy pensando en el tronco con su cazadora, sus botas, sus vaqueros recios. Siento el calor encima como una bola de fuego.

Desde que hemos entrado en casa apenas hemos hablado, lo justo para preparar la comida y trasegárnosla. Al fin se ha desprendido de la chupa y luce una camiseta azul oscuro con un emblema, más parecido al de una universidad que a «Alexandra's

». En el brazo tiene un callo en la vena, que sobresale de la piel, con sangre fresca formando un punto. Dice llamarse Yaki mientras voy a preparar un café y una copa. Regreso al salón con las manos vacías. Yaki se ha sentado en el sofá, llevando la chupa consigo. Me siento con él, y va y se levanta, hacia el tocadiscos.

Resuena en el salón la misma música jivi de anoche, ritmo que se acopla a la atenta observación que llevo a cabo del cuerpo de Yaki: un poco basto, ni gordo ni flaco. «Se entretiene demasiado con los discos. Sabe que ha llegado la hora y que le estoy comiendo con la mirada. Peor para él. Esperaré a que venga a sentarse para el ataque».

Rechaza mi lengua cuando trato de pasearla por su boca pastosa, es él el que empuja: debe sentirse molesto por la espera a lo tonto con los discos (terminó por poner, a mitad del jivi, a los Allman). Con el calentamiento, su cuerpo no se transforma, sigue igual de fofu y blandengue. En cambio, su polla está tensa cuando descubro la bragueta. Pese a que sus brazos me aprisionan, abandono el beso insulso que nos une y bajo la cabeza al encuentro del pene henchido. Conforme aplico concienzuda la succión, da saltitos: le cuesta descapullar. No creo que esté gozando mucho (yo me divierto), pero aguanta y se desliza en el sillón hasta quedar horizontal. Sus manos toman mi cabeza, con tal presión, que me obliga a tragar toda la pieza. En esas condiciones, pugnamos entre una comida con el vaivén del coito y las

largas lametadas que a mí me gusta dar, luchando con el pellejo que se pega al capullo. Por fin toma mis hombros y me retira definitivamente. Va desabrochando mi blusa. Yo le miro con la cabeza levantada, los rizos echao pa trás, mostrando el cuello. Él se saca la camiseta y ayuda para que me tumbe debajo de él, en el sofá, al tiempo que se baja a medias los pantalones, atascados por las botas camperas que aún lleva puestas. Antes de desnudarme del todo, ya está excitadísimo: ha restregado su polla a tope contra mis... Las bragas y la falda caen juntas al suelo de parquet. La monumental hebilla de su cincho me machaca la rodilla. Intento dar la vuelta y ponerme encima, pero no comprende mi maniobra. Su único afán es penetrarme enseguida: su pene ciego busca mi agujero con ahínco, tropieza con mis ingles, con el clítoris (donde no puedo mantener por más tiempo el fantástico contacto), con los labios, con todo. (La hebilla sigue jodiéndome), y... ¡Pluaaft! ¡Catacloc!

Los cojines del sofá no han resistido, y zas, al suelo. Yo me troncho de risa. Él se incorpora, sentado en el suelo, para quitarse la ropa que le queda. Segundos después, está otra vez encima. Entonces, consigue su objetivo y la mete toda entera, moviéndose como un descosido. Tengo que cerrar las piernas para sentirlo dentro, tanta es la velocidad que lleva. Parecemos máquinas. Pierdo la noción de lo que nos pasa. Sólo me preocupa juntar lo más posible los dos pubis. Las piernas tensas tratan de frenar la acometida, con el miedo de no aguantar su marcha y acercarla al ritmo que dicta mi coco. Él se pica: más fuerte a cada golpe de riñones. Suda como un loco. Las gotas de sudor caen en mi cara. Yo sudo en el vientre, entre los senos. El sudor en las axilas fluye a gotas. La entrepierna hierve.

Bufa una y otra vez. Yo paso el primer orgasmo. Han sido cinco minutos irrefrenables, y él todavía golpea como una fiera; alarga el meneo a toda la vagina, completamente relajada. Aprovecho la calma para mirarle: tiene cara de dolor, los dientes apretados, y el aire saliendo por entre ellos. La rabadilla está dolorida del traqueteo con la dura madera. ¡Cómo me gustaría que me lo chupara! Y sigue, dale que

dale, muy empeñado en correrse. Tengo dentera. Un gran sofoco. Miro a un lado, hacia la cegadora luz que entra por el balcón. Vuelvo a abrazarle con fuerza: estoy subiendo de nuevo, el cuerpo encharcado de sudor. A diferencia de las mujeres, estoy imposibilitada para la corrida múltiple y, por segunda vez, me viene cuando el declina las embestidas. Sigue empalmado, pero reduce sus movimientos paulatinamente. Yo me quedo quieta. Él se deja caer encima, ya frenado, sin sacarla. Beso su oreja con agradecimiento total. Estoy pensando que recupero el gusto por los tíos después de la... Muevo el culo, porque siento una ligera detracción de su polla: la reacción es positiva y se mantiene dura... muy dura. Ensalivo su paladar reseco, sus dientes, la lengua rugosa. Recorro su boca entera, de los bordes al interior (con completa pasión, para sentirle fuerte dentro), el filo de su lengua, la punta y debajo.

Yaki me ha dejado abandonada en el suelo para ir al sofá y entregarse a su cansancio. Pronto busco acomodo en una silla cerca del balcón: lo de anoche es irrepetible, aunque sólo sea por el contraste luminoso que ahora presenta la cristalera. Sin darme cuenta, Yaki ha salido de la habitación. Del piso no llega ningún sonido audible, ninguna referencia para localizarle. Ni me importa: la vista fija en la luz del día...

Las seis de la tarde

Sigilosamente avanzo por el pasillo. No pueden haber sido una ilusión los dos polvos con el camello. Sería sorprendente que se hubiera abierto sin avisar. (He mirado en la Plaza y no le he visto en sus lugares habituales). Como la puerta del baño está entreabierta, recuerdo la comida, cuando preguntó por el lavabo para meterse un pico, rajita de limón incluida. «Se ha tenido que refugiar ahí», me digo.

El silencio que escucho me detiene. Me recorre el pecho una pequeña angustia. Aunque descalza, mis pasos resuenan tenues en las baldosas frías. La puerta del baño está situada de tal modo que, a través del hueco que ahora deja para mirar, doy directamente con Yaki y la taza del váter: está masturbándose delante de la misma (no entiendo por qué se ha vestido). Los pantalones abiertos, el cincho cayendo a los lados de la bragueta bajada, la camiseta un poco recogida y las manos muy afanosas. La chupa, ilocalizable, pero ni caso: encantada con la contemplación detenida de la escena, yo también me masturbo. Pero antes de correrme del todo, «Yaki estás aquí», pienso decir, pero es una tontería. Sigo con la mano en el coño y empujo suavemente la puerta que hace el típico chirrido. El tío menea su sexo con más ímpetu, sin resultado: el pene morcillón quiere colgar y él sigue empuñándolo.

—Déjalo ya... ¡Vamos a la cama!

—¿Por qué te has vestido? —digo mientras vamos por el pasillo hacia el dormitorio.

Enseguida vuelvo a ponerle tiesa la polla. Es fácil, pues la heroína aún debe tener fuerza en sus venas. El queda en la cama desganado, dejando que lo haga todo, a mi gusto. ¡Qué bien! Primero, una gran mamada, «grosera». La chupa que siempre le acompaña cae al suelo cuando mis pies la apartan para abalanzarme encima de él y retener su pene en mi sexo, por mucho, mucho tiempo. Las manos me ayudan para que el

recorrido de su capullo sea completo: de la vagina al ano, del ano a la vagina y, otra vez, de la vagina al ano, lugar donde quiero depositarlo. Entra fácil. (Son los cuatro años de práctica continua con mi hombre, mi amor. Su recuerdo me asalta y me marco este polvo en su memoria). Pero, pensando en mi antiguo amante, he descuidado el pene de Yaki, ahora disminuido. Su cara está apagada. El recuerdo de *mi amor* me invade a intervalos. Pero, aún así, me empeño en llegar. Está dentro, no escapará. Costará algo más pero merecerá la pena...

... ..

El contenido de la chupa da para hacer dos más seguidos y aún quedará mercancía para el bisnes de la noche. Queda mucho día por delante.

Yaki se muestra cariñoso sobre mi cuerpo desnudo (tengo un pedo ciego). Las caricias se multiplican por mi piel y duran el doble de tiempo; la modorra me hace olvidar los defectos del compañero actual, al que ni siquiera miro.

—¿Te gustaría pasar unos días en el moro? —dice.

—¡Ey!

La voz sale ronca de mi garganta, reseca por los canutos. Yaki duda:

—Quiero salir de Madrid, ¿sabes? Llevo todo el verano en Madrid, sin un duro, y ahora que tengo... ¿Has estado alguna vez en el moro?

—No —miento.

—Puf. Ir solo es una movida. Con una piba cambian mucho las cosas, todo es diferente, ¿sabes? Los moros no te tratan igual, se enrollan cantidad, largan más: chachi que sí. Nos lo montamos puta madre... —y me cuenta detalles de lo que es pasarlo bien con el kif en las kasbahs y los zocos, pero lo hace de una forma sosa, con un entusiasmo pasajero.

—¡Pero yo no tengo pelas!

—Buah, por poco te lo haces allí, colega (rechazo seguir fumando y sobo su pene flácido, mientras él habla sin que me interese), a la vuelta pasamos costo en el cuerpo y

recuperamos el dinero.

—¿Cómo?

—No te enteras, (tío..., musito) muy fácil: el jash está tirao, y una piba no tiene problemas en la aduana. Los picoletos ni se molestan, a no ser que tengan un soplo.

—Bueno, ¿y qué?

—Con pocas pelas puedes hacer un buen negocio y mejor que estar colgao. Además, joder, me enrollas cantidad, ¿no?, y puedo ayudarte... algo.

—La hora es un tanto chungu, pero acabarán cogiéndonos, ya verás —dice Yaki.

Yo no contesto, voy pensando en qué me he metido. Para ir tirando, me consuelo.

—¡Vamos!

Un Renault 4 ha parado unos metros más allá y corremos hacia él con las mochilas en la mano, nada pesadas por cierto.

En la carretera

Es el primer viaje largo que hago en autostop. Antes me las he apañado para tener a un hombre con buga propio, *in extremis* una corta excursión de Marbella a Torremolinos o de Altea a Benidorm... Veranos locos.

Un camión de frutas, mediano, es el segundo vehículo que nos recoge, en el cruce de Ocaña. La cabina está destartalada y vibra cantidad, los cristales suenan continuamente contra la chapa de la carrocería. Los campos son abiertos; el Sol se ha puesto detrás de una franja roja en el horizonte, contrazulando más los montes que cierran el panorama. El conductor es un buen hombre, muy amable y parlanchín. Yaki le escucha con indiferencia: natural, no son historias que enrollen...

El hombre, en su amabilidad, nos ha dejado en una gasolinera, pasado el cruce para su pueblo. La gasolinera está desierta y hay poco tráfico. Pasan las horas y nadie para. El azul del cielo adquiere poco a poco tintes más sombríos. Las primeras estrellas; la luz del horizonte: violeta; montes elevados y oscuros señalan los límites con Andalucía. Yaki está impaciente. Yo no tengo ganas de hacer dedo y de gancho. Muchos coches extranjeros a tope. El anochecer es precioso y prefiero quedarme sentada viendo cómo se afirma y todo lo oculta.

—Podíamos dejarlo para mañana, ¿no?

Pienso que, en la rápida salida de Madrid, ni hemos traído saco de dormir. Me estoy mosqueando con el viaje, aunque el camino recorrido impide que me arrepienta, por lo menos hasta que vea qué depara antes de abrirme guapamente.

—...

Me levanto y me encamino hacia él.

—¿No te apetece tomar algo, ahí enfrente?

Accede. Pedimos una cerveza y un bocata de queso para mí y una coca para él. Por unos instantes me deja sola y se va

a los servicios. Mientras, hago las cuentas de la lechera con los quince ñapos que llevo encima, aunque no consigo solucionar cómo pasará el costo en el foro y, menos, su manipulación. «Sería terrible que durara nuestra unión».

—¿Ya?

—¿Qué?

El ruido del local es fuerte. Me hago la loca. La mayoría de los clientes, hombres. Recios y fuertes, los camiones aparcados fuera, en este lado de la carretera, en dirección a Madrid.

—Está lleno de gente, ¡qué asco!

—¿Por qué? —pregunto tímida, mientras él da un trago total al refresco.

Mirando a todos los lados menos a mí contesta:

—Es una movida...

—¿Todavía te queda algo?

—...

—Lo hacemos en la gasolinera, colega, es preferible que estar cortados —propongo ocurrentemente.

No ha contestado, pero tampoco se zafa de mi mano que ase la suya cuando cruzamos la carretera en dirección al Sur.

El servicio de caballeros es estrechísimo: un urinario junto a un lavabo ennegrecido, con el espacio justo para la taza, en uno de los laterales del edificio, lejos de la mirada del empleado. Yaki me pasa una cucharilla de postre y la chuta. El desmenuza el octavo de caballo sobre su cartera, sentado en el váter.

—Ve, llenando la chuta de agua, me dice.

Estoy contenta de tener una nueva experiencia. Se me ha ocurrido inconscientemente, y luego pienso que es una forma de sacar provecho a la movida en que me ha metido. Le paso la cucharilla limpia y la jeringa llena, que él reduce a unas gotas dentro la cazoletilla, cuya mezcla facilita con el bic.

—Cierra la puerta.

Quedamos apresados en la oscuridad, pero puedo ver cómo deja una mínima gota para mí. Estoy apretada contra la puerta, mientras bombea repetidamente su sangre con la chuta. El rojo muy oscuro.

—Haz así con la mano.

—No te encuentro la vena.

—Sujétate el brazo..., así.

—No tiembles.

Tiemblo. Es la primera vez, ya lo he dicho. Siento oleadas que suben a mi cerebro, como bombeos del corazón. Yaki está tranquilo. Yo, en cambio, mareos, náuseas irresistibles. Me muerdo el labio inferior; unas gotas de sudor se pasean despacio por mi frente. Me noto hinchada. El cuello tenso y las tripas muy revueltas. Él, sale. Oigo el grifo a presión. Me quedo entre la puerta y la pared con los nervios en tensión, contenidos. Cuando nuevamente estamos fuera, mis pies caminan solos en un piso de algodón. La vista turbia. Me animo y voy a su paso. Aún aguanto las ganas de vomitar, aunque soy muy delicada para estas cosas. Palidezco. Una bocanada amarga sube a mi boca. Los dientes quedan ásperos.

Estoy sola haciendo dedo. Las luces me deslumbran. Cierro los ojos. El cerebro me da vueltas, trepidantes. Me retiro del arcén y echo todas las potas posibles.

El camionero que nos recoge me mira con asombro y enseguida pregunta por mi ida color, que Yaki resuelve con un cuento y un beso de afecto fingido que renueva mis ganas de vomitar. Y ya no me queda nada dentro.

El mismo sueño

Es noche cerrada, sin luna. El paso por Despeñaperros es lento. Una hilera de luces rojas delante, una por cada cuesta. El camión renquea, ruge, y el camionero se afana con el cambio continuo. Me he quedado de puta madre. Los movimientos de la cabina, imperceptibles. Como nadie habla, el silencio me parece total. La mirada sólo alcanza la luz de los faros que se pierden en las constantes curvas. Acurrucada en el asiento, las manos entre las piernas, formando un cuatro deforme, intento imaginar algo para abrirme del camión.

Es un día de fiesta, me han invitado. Allí, me encuentro con Cati (la rubia de Mallorca) que acaba de llegar de Barcelona. Es mi oportunidad de ligar con ella (me asaltan dudas de por qué una mujer y las desecho). Cuando hemos bebido lo suficiente, nos abrazamos delante de todos los invitados. Imagino la cara de sorpresa de mis amigos. Pero yo me encuentro muy bien así abrazada. Muchos besos, lascivos, provocadores... (Abro un ojo y veo cómo bajamos. El camionero se lanza a hablar y preguntar). Propongo a Cati un estritís público. Estamos en una habitación semioscura. Voy desnudándola, esperando descubrir un miembro viril entre sus piernas. Yo estoy desnuda y noto sus suaves manos en mis nalgas. Besos largos y sustanciales: aprieto mi pubis al suyo y no siento la cola. Su boca es terciopelo. Seguro que no es de hombre transmutado. (El camión avanza por rectas prolongadas y suaves. La conversación en la cabina parece animada. Paso. Doy la vuelta, que el aire de la ventanilla entra fresco. Cruzo mi mirada con la que me lanza el camionero. Quiere decirme algo... Cierro los ojos de nuevo). Tanto la empujo para sentir su dureza que caemos al suelo, yo encima. Reímos y nos separamos para beber una gota de champán. La domino, recuperando mi posición. ¡Qué sensación sentir su cuerpo bajo mi peso! ¡Cómo nunca lo había sentido! Al lamerle la oreja, un fino pendiente blanco

de bisutería se desprende, sigo su trayectoria chupando a discreción su cuello. Imagino que me salen pelos en los brazos, en el pecho sin tetas. Conservo mi vagina que procura frotarse en la otra para evadir la pesadilla que me avasalla.

Estoy cansada de la posición en el asiento, las rodillas entumecidas. La noche no ha aclarado, y en el cristal del parabrisas, los faros de los coches que suben al foro se parten en mil rayas. Los hombres van callados. El camionero tiene la cara cansada, la piel áspera, patillas, cara rechoncha y grande, la barbilla recogida. Conduce con los brazos caídos sobre el volante, el camino es suave, sin esfuerzo en las curvas. El volante pasa entre sus dedos como lana al devanarla. Mi cabeza va respondiendo del colocón. Cierro los ojos y me quedo así para un rato largo.

—Vamos a tomar algo aquí —le oigo decir al camionero.

La invitación no obtiene respuesta. Silencio. Hay una frenada brusca. Luego, el camión avanza lento y para totalmente. El motor ya no suena.

—¡Ey, tú! ¿No quieres bajar? Es un buen sitio, te gustará —insiste el camionero—. ¡Sal por aquí! Así, no tenemos que despertarla. Vamos —repite el tío (su voz lejana no retumba en la cabina)— ¿Vas a quedarte tirado como ésa?

Cuando calculo un tiempo prudencial para que se alejen, levanto la cabeza. Hemos parado en la explanada de un club nocturno: una casa blanca de nueva construcción, mal revocadas las paredes con yeso, muchas luces rojas y verdes bordeando un letrero blanco «Puppy Love». Muy original. En el costado que da a la carretera, más bombillas llamando la atención, rojas y verdes. Desperezándome en el asiento, me asalta la idea de la proliferación de estos garitos. Reflexión sobre su situación aislada en mitad del campo, pero junto a la nacional... De camino al antro, me refresco en un caño rústico, adosado a una de las paredes vírgenes. Estoy despejada. Limpio una mancha de vómito que salta a la vista en la blusa naranja. Entro. El interior está más oscuro de lo que imaginaba. Yaki solo en la barra, frente a un vaso largo de güisqui, los hielos enteros. La iluminación es perfecta: en la barra, roja, procedente de unos fluorescentes encima de las

cabezas de los clientes; verde en la sala, oculta en macetas rectangulares con plantas de plástico; y azul añil en las repisas de las bebidas. Siniestro total.

—¡Hola!

Yaki me mira sonriendo a medias. En la barra, hay además dos tíos hablando con la camarera, rubia teñida. Empiezo a pensar en las espaldas de uno de ellos, una mole pelirroja. La putilla se acerca a nosotros, y me digo lo sensible que me he vuelto a los hombres, a su volumen.

—Podemos seguir haciendo dedo...

—Una cerveza —pido—. No creo que dure ni diez minutos.

—Sí... se ha fumado dos canutos (¿y qué?), con el rollo de que ha estado dos años de legía...

Tengo ganas de reír. Por eso se mosquea la rubia cuando miro su rostro pálido y el carmín bestial de sus labios. El camionero sale de una puerta lateral que da a unas escaleras negras, solo y sonriente.

—Ya te has despertado, je-je-je. Yaki y yo nos miramos.

—¡Rosi! —llama el bruto a la rubia.

«Nunca me ha gustado que me llamen así», pienso mientras me tomo un trago largo de cerveza.

—Animo, chico —golpea con vigor la espalda de Yaki—, ahora duerme tú y la chica me da cháchara el resto del camino —dice guiñándome un ojo.

—Si tú lo dices.

«Si le doy cuerda, la coge». Él pasa su brazo por el hombro de Yaki y en el descuido me toca el culo.

—¡Ey!

—¿Pasa algo?

—Nada, hombre —contesta campechano.

Por la misma puerta sale una morena, también se le nota el teñido azulino, pechugona y escotada, que pasa a la barra y desplaza a la rubia que ya servía cantidad de ron en la copa del hombrón. Termino la cerveza. Yaki no ha probado su bebida alcohólica.

—¿Son amigos tuyos?

La morena tiene la voz fina para su gran cuerpo. Me mira

la cara con detenimiento.

—Los he cogido en el camino, son simpáticos.

—¿Qué tal, maño? —dice la rubia acercándose. Los otros dos camioneros salen en ese momento.

—¡Bien! Son como colegas, ¿se dice así?

El macho desprende su brazo del hombro de Yaki y aprieta mi cintura con énfasis, mirando a las mujeres con picardía correspondida. El tío piensa en montárselo con las tres ante la impasibilidad de mi compañero. Yo me siento bien, flotando, y el juego de miradas me deja impasible, aunque para nada disminuye la tensión ambiente. Noto a mis espaldas la mirada fija de las putas. Detrás de nosotros, se cierra sola la puerta.

Yaki cae redondo: la boca abierta mostrando unos dientes roídos, montados unos sobre otros, desalineados total. El camionero enciende la luz, hace que busca el tabaco y me mira con insistencia. Yo mantengo el reto, y pasando... El menda pega la hebra con los viajes: la facilidad que tiene la gente de mi generación para moverse. Asunto que hiere mi sinrazón, para éste en concreto, y me anonada.

—No es tan fácil, colega.

—Joder, en mis tiempos...

—Pasa que no hay un duro y es mejor moverse que quedar colgada en Madrid, ¿sabes?

—Os quejáis de vicio.

Un rollo matutino. Estoy aburrida. Imagino que el bruto se lo quiere hacer conmigo, a la fuerza, parando el camión bruscamente, me arrastra hacia el huerto y sin pausa me la mete (cierro los ojos). Yaki nos descubre, tiene que notar nuestra ausencia, y se la endiña al pobre hombre por detrás... Aggg... Una novela.

—¿Tienes para hacernos un porro?

Ha puesto su mano en mi muslo, sacándome de la ensoñación.

—Mira en la chaqueta de tu amigo —mientras, sube su mano por mi pierna.

—Tío, ¡qué no estás acostumbrado!

—Cuando yo era joven...

Retira su mano y toma el volante para dar la curva. Es una historia chungu. Paso de buscar el costo. En la vena tengo un cardenal, más grande quizá por la poca luz con que lo veo. El camino se me hace lento: estamos pasando Córdoba, y el hombrón centra su atención en los semáforos de la avenida que soslaya la capital mora. Mi estado de ánimo sigue siendo muelle, como si bajara en barca por el Guadalquivir. La noche se despeja, a punto del alba. El hombre calla. La respiración de Yaki es profunda y sonora. La carretera rectilínea, el paisaje ralo: cerros suaves, olivos arrancados. El camión sube y baja las pequeñas cuestas, potente. El cartel de otra provincia: Sevilla.

—De día esto es precioso —tercia el camionero para continuar la conversación— ¿No conoces Écija?

—Sí.

Pasamos otra vez el Guadalquivir. Recuerdos fantásticos de sus minaretes descollantes. El camión se frena subiendo de la fértil vega.

—Vaya rapidez que llevo hoy —comenta el hombre desganado—. Amaneciendo, llegaremos a Sevilla. La fábrica estará cerrada. Son los problemas de siempre.

—Y entonces ¿qué haces? —me intereso de forma inocente.

—Dormir...

—Es la vida —digo adaptada al traqueteo del camión.

—Aunque... si no tenéis prisa, podemos parar antes. Conozco una fonda en Carmona que...

—Si quieres ni le despertamos, ¿eh? —corto.

Mi olfato, instintivamente, se llena de camas rancias, de polvo reposando en camastros de hostales carreteros, incluso de la fuerte transpiración del camionero.

La subida de Carmona es agotadora: el camión, casi parado, avanza cansino. La voz del conductor insiste en que paremos. Miente (y dice la verdad) cuando alega que se le ha abierto el apetito. Debuten y ¿qué? Estoy agresiva, vale. «Es una paradica de ná». La cuesta es infinita. Al final: frenazo. Un semáforo en rojo nos corta el acceso a la ciudad

monumental, donde termina la cuesta. Nadie por las calles. Sólo la voz del bruto, machacona.

El local está vacío. Somos los únicos clientes. El patrón conoce al maño y nos atiende encantado. Con una mirada furtiva parece dar a entender... Mientras tomo un café caliente y un bollo de la tierra, tengo que sufrir manoseos continuos, miradas suyas a la barra (sigue la complicidad tonta), rodillazos cariñosos. Yaki entra para estropearlo del todo. Cuando salimos, amanece. He resistido estoicamente, de aquella manera, por el agradecimiento que le debemos. En el camión, estirada en el asiento, pero con una sonrisa en los labios, voy a encender un peta guapo. Los tres sonreímos. El Sol es una bola naranja que se fragmenta en el cristal del parabrisas, en los árboles que le ocultan y en el cielo, cuando desaparece tras una loma.

Sevilla

Sevilla. Sevilla.

La ciudad está despertando. El Sol claro. Atravesaremos la urbe, cortada la autopista por obras, esperando mejor hora de tráfico. El bollo mantecoso de Carmona me repite. Caminamos deprisa. Soñolientos, los obreros se cruzan con nosotros, sin vernos. Pasamos el campo de fútbol. Yaki conoce la ciudad y avanzamos por ella dando vueltas por calles que identifica. Yo la conozco poco, un par de veces, de paso. Camino del Parque María Luisa, discutimos:

—Vamos por aquí.

Contemplando la frondosidad fresca del parque:

—Vamos al parque un rato, que descansemos. ¡Y tomamos un café en el quiosco!

—¡Mierda... Joder... Cagoendiós!

—¡El moro no se va a mover, por lo menos hasta que nosotros lleguemos, me parece! Además... —Yaki se corta, hemos estado hablando al tiempo y he desoído su explicación.

—¿Le tienes paranoia a la ciudad?

—No. Pero... cambias muy rápido de opinión, colega. Hoy mismo podemos estar en Ceuta.

—¿Quién lo impide?

El quiosco está cerrado.

—Nadie —dice con desdén.

En vista del panorama, nos sentamos en un banco del parque. Yaki se hace el dormido. Lo sé. ¿Cómo definir las sensaciones que me invaden de la ciudad que no voy a conocer por tercera vez?

—¿Por qué no hacemos el viaje que nos queda en...?
¡Yaki!

—¿Quéééé?

—Hagamos el viaje a Ceuta en autobús —digo melosa.

—Y cruzamos el estrecho a nado...

En absoluto encuentro la gracia de su salida, me crecen los morros al instante. Enfurruñada, miro al suelo.

—¿Y si nos damos una vuelta por Triana?

—¡A estas horas!

Estoy pensando, tengo remotos recuerdos, que hay en el barrio una movida guapa y que daremos con otros colegas para bajar al sur. Es una ciudad de paso, ¿no?

Yaki deja de fingir que duerme y lía otro kiki. Me da el mareo a la segunda calada: una náusea seca es el indicio del bajón. Él ha bajado hace tiempo, tiene prisa por llegar. A Madrid...

Las diez de la mañana en el reló del Gobierno Militar. El soldado de guardia en la puerta nos mira. Yo veo por encima los mosaicos provinciales. Yaki se está adaptando mentalmente al cambio de planes. La confirmación definitiva es que ya ha salido el bus de Cádiz. Esperaremos a primera hora de la tarde. Dejamos la Torre del Oro a un lado y la Maestranza al otro, llegando al puente de Triana. En la ribera, mientras pasamos el puente, se ve a gente durmiendo en sacos sobre la hierba. Justo entonces, varios municipales hacen su aparición para despertar a la basca. La obligan a levantarse y se quedan a la espera de que recoja sus cosas. Nos acodamos en la balaustrada de hierro para contemplar la escena, mudos. Cuando la pradera queda definitivamente vacía, restablecido el orden, Yaki da media vuelta y camina de regreso a la ciudad, seguro de adonde se dirige. Le sigo como un perro, aunque dudo de sus intenciones.

Cual centellas andantes, entramos en las callejas del Arenal. El trayecto es indescriptible. Las calles se suceden amontonadas, con edificios y casas, portales verdes, negros y tenebrosos, calles levantadas, de adoquines o recién asfaltadas. Perdiendo el ritmo, sin poder alcanzarle; viendo siempre sus anchas espaldas de macarra, la cazadora que se balancea. El Sol de justicia. Abomino la cabalgata, pero no puedo detenerle para hablar: él no se retira cuando vienen de frente. Voy cediendo la acera y con ello pierdo el paso y me agoto. La Alameda, desierta: éste era el destino de tan fuerte marcha. Solitarios los multicines, poca gente almorzando en

la cafetería. Salimos del túnel. El paso se normaliza. Una lechera se empareja con nosotros cuando abro la boca para dar el cante a Yaki. Nos desviamos en la primera calle. La conversación no es amistosa. Las calles se retuercen, únicas. Está claro que busca jaco. Una pequeña cuestecita de casas blancas, y salimos a una plaza, de espaldas a la catedral. «El barrio Santa Cruz». De la mano meto a Yaki en un bar, la calle se ha llenado de gente, ruidos de coches. Contraste: en la tasca, sólo nosotros. El Sol da de plano en las cristaleras, única luz, especial, que alumbra la sala. Por tordo un soportal con terraza ocupada por guiris, y rubia cerveza helada. Yaki me convence para volver a Triana, donde acabará el precipitado paseo sevillano.

En esta parte del río, sigue el mismo bullicio qué en el centro, pero el ambiente que se respira es radicalmente distinto: los coches suenan menos; la gente va tranquila, entra en los bares y apoyados en las barras metálicas, frescas —muy frescas— (recuerdo de las tabernas antiguas del foro), comenta sus cosas en algarabía. Con Yaki quedo en esperarle en el bar o en la ribera del Guadalquivir, bajo el puente de Triana, para después del pico. Paso de probar de nuevo y cedo el octavo completo al tío.

«Polvero de San Luis» leo desde el bar, enfrente. La fachada del comercio de materiales de construcción está recién restaurada, aunque han conservado el viejo nombre. La excitante lectura del cartel me lleva a la rue.

En la pradera del río, el calor no es sofocante, el frescor da un gusto especial al lugar. Enfrente, unos chavales juegan con el agua turbia, estancada: más arriba una carretera cierra el cauce, parece un oasis de verdor. Tumbada, enseguida me invade el sopor: la respiración se hace difícil, el aire penetra en mis pulmones produciendo una sensación total de solidez, una masa densa y vaporosa que rasga mis vías respiratorias, reseca la garganta y la boca: el instante antes de perder la conciencia.

Habré dormido algo. No tengo tal impresión. El sudor empapa mi cuello, la cara, las axilas, mis pechos. Abro los ojos: todo sigue igual. La bolsa de la ropa está por encima de

mi cabeza, más lejos de lo que pensaba. He debido escurrirme en la hierba mientras soñaba. Con la camisa que me he quitado, me seco el sudor. Sin darme cuenta, me quedo en bragas; la camisa, inservible por la humedad.

Cuando salgo del verde, abandonando la orilla del río, dos tipos, que se encontraban parados, comentando entre ellos, reanudan su camino en dirección contraria a la mía. Son algo crecinitos y han estado al loro, sin perder detalle y seguros de que no me coscaba. Salgo a la carretera que frena el río, en muy mal estado por cierto: sin arcén y mucho tráfico. Al otro lado, el muro alto de una piscina. Tentación contra el calor, pero, ya digo, encerrada. Llevo puesto un vestido holgado, jipioso, pero, aun así, el aire no refresca mis carnes.

¡Pac! —palmoteo mi frente—. ¡Yaki!

Cruzo el puente de Triana por enésima vez: los pies arrastrando, cansinos de calor y rebeldes a las órdenes del cerebro. Una pareja hace zalamerías por la otra acera. Para nada bajo a la hierba, ahora inundada de Sol, como en el puente. Pronto me canso: me digo que nos veremos en la estación de autobuses...

Según penetro en Sevilla, vuelve la paranoia urgente: «He hecho mal al no esperar más tiempo, tampoco tenía con qué medirlo, al tío le habrá pasado algo para». Sola en la gran ciudad, puedo quedarme así... Paranoia y ganas de comunicarme con alguien. Las calles están vacías; los bares llenos. Situación que me corta cantidad, en medio de la acera, donde cae el Sol de plano, igual que en la de enfrente. Sin refugio para cobijarme. La cabina telefónica es un horno, los metales queman al contacto, el cristal desprende un calor repelente: el intento de comunicación a larga distancia es un chasco doble. Opto por caminar, para salir del paso.

Una jarra de cerveza cristalina me sorprende, el resto de la gente de la barra sube y baja sus cañas con desparpajo. Al salir, el personal está de nuevo en la calle, circulando de un sitio para otro, lugares que desconozco. Camino despacio hasta un corto paseo, arbolado en el centro. La braga, pegada al culo del sudor. Me siento en un banco de piedra frente a Galerías Preciados.

El aire acondicionado es gélido al traspasar la puerta; se introduce entre las piernas, sin levantar las faldas, como una cortina cortante. Luego, una vez dentro, el frío se nota más en los hombros, en la espalda y nada entre las piernas.

La planta joven es como en todas partes, no tiene el sabor de la tierra. Abundan los colores naranjas: lunares, rayas, estampados y lisos, en faldas, camisetas y blusas. La sangre siente el deseo del consumo: las mercancías saltan agresivas a los ojos, llenándolos. Tomo un conjunto de camiseta blanca a lunares y una faldita naranja toda; el mismo modelo en azul celeste, y, también azul, un mono con lunaritos. Pregunto a una señorita uniformada, bien pintada, el pelo lacio, ahuecado de peluquería, corto por detrás y las puntas hacia el rostro, dónde están los probadores. De vuelta, a la misma chica, pregunto el precio del modelito y del mono lunarero. Mira, entendida, la etiqueta. Yo también miro: la marca, en la que figura ostentoso el diseñador, y me doy cuenta de que el tejido es fibra pura. Se lo digo.

—Quiero un conjunto como éste —devuelvo el naranja y el mono que colgaban de mi brazo— en tejido natural, ¿lino?

Apenas hay clientes, la muchacha me atiende solícita y me muestra unos vestidos preciosos, el vuelo en la falda contenido, hilos dorados adornando el negro, el ocre, el azul... Los precios cortantes.

—Mira —digo—, estoy incómoda con eso de la maleta... y lo voy a dejar para otro día, ¿vale?

Excusa tonta que cuela. Es un punto, porque la dependienta se estaba lanzando. Lo peor es que tengo dinero en el bolso. Lo cual significaría el fin de mi... aventura. Otra vez la paranoia cuando paso a la sección de zapatería. Las zapatillas son lindas, con una chispa de tacón, unas verdes lindísimas. Atiende una sola chica, ahora de espaldas a mí; en las estanterías, los modelos están desparejados. Cierro la cremallera del bolso, que no se vean las camisetas con dibujos de mariposas brillantes...

—¿Puedes sacármelo —señalo— en azul y verde?

—¿Qué número?

—El 9.

—¿...?

—Sí, tengo los pies grandes. No lo pude remediar.

Las verdes parece que me aprietan. La dependienta desaparece tras una cortina para ver si hay un número mayor «pero no creo». Me pruebo las azules caminando hacia los ascensores, «muy cómodas»... Uno de los ascensores se abre y sale una señora. He tenido el tiempo justo de recoger el equipaje y entrar, una décima de segundo dentro de la caja y se han cerrado las puertas. Nadie en el camino, tampoco me he parado a ver si miraban, ¿para qué? El cambiazó ha sido chachi, aunque echo de menos las sandalias, para quitarme el marrón de encima, que la tía se habrá dado cuenta enseguida.

Ya en la calle, tuerzo en la primera esquina. En la acera de enfrente, hay una cafetería. Me recuerda el canguelo que he pasado y las ganas de mear que tengo. El local está lleno, a rebosar, y el olor de la mantequilla quemándose en la plancha me sube por la nariz, llenándome la boca de saliva. Entro en los lavabos. Hay una mujer ante el espejo, lleva el uniforme de Galerías, empieza a lavarse las manos, sin dejar de mirarse en el espejo, y se retoca, con los dedos mojados, un rizo de la oreja. Cierro la puerta, el cerrojo echado, la bolsa en el suelo y orino largamente: las bragas bajadas, con dos faldas y una camiseta anudada a la cintura. Después de mear, me desprendo de tanta ropa. Decido quitármela toda. Bien doblada la guardo y saco otro equipo: minifalda vaquera y camisa estampada de flores pequeñitas. El camuflaje total, a falta de las zapatillas.

Junto a la escalera de los servicios, queda una mesa libre: el camarero está recogiendo los platos sucios y allí me instalo. En la mesa hay un papel con el menú, envuelto en un plástico para preservarlo: sopa de mariscos o gazpacho andaluz y bistec o pescadilla frita, fruta, pan y vino, y ¡olé! El camarero tarda en hacerme caso y a mí me gustan que vengan sin llamar, pero curran a tope, no lo niego.

—¿Puedo sentarme? —pregunta un tipo joven, pero que me parece viejo por su vestimenta: una chaqueta impecable, color gris satinado de blanco, el pantalón crema clarito, la corbata azul, más oscura que la camisa con cuello blanco que

lleva puesta, el pelo corto, a navaja, con raya a un lado, y los zapatos (???) ocultos bajo la mesa.

Mientras he escrutado su aspecto, él me ha mirado a los ojos. No quiero encontrarle sentido a su mirada, como casi siempre: es fría y opaca. Pone, cuando se sienta, los antebrazos sobre el borde de la mesa, las manos entrelazadas: me examina concienzudo, pero su mirada sigue invariable, sin que nada transluzca. El camarero interrumpe este rollo para tomarnos nota. El individuo coge la carta y pide después que yo... lo mismo. Se arregla la americana (mirándome), tomándola por las solapas y encogiendo los hombros. Agacha la cabeza para colocar el cubierto paralelo al plato, encima de la servilleta de papel. Traen dos cervezas que servimos al tiempo en los vasos. Mientras doy un sorbo a la bebida, mirándole al levantar la copa, una mueca se dibuja en su cara (simula una sonrisa, si no fuera por la rigidez del resto del rostro) con intención de agradar, me figuro. Se aclara la garganta después de beber.

—Ha sido muy atrevido por su parte.

—¿El qué?

—Hummm, los zapatos...

«¡Los llevo puestos, madre!». El reloj de la cafetería marca las dos y veinte. ¡Qué lento pasa el tiempo! Llega el camarero y me dedico al gazpacho sin más interés que eso...

—¿Sueles hacerlo muy a menudo?

—¿El qué?

—Los zapatos...

—¡Otra vez!

—...

—No sé de qué me hablas.

—Je, te he visto...

—Slurp, slurp, glub, clac, ahhhh —termino el fuerte gazpacho.

Los filetes de pescadilla no se hacen esperar.

—No es tan fácil, ¿sabes?

—Yo...

Corta lo que iba a decir con un gesto de la mano (yo aparto las espinas del pescado y olvido la respuesta pensada),

vuelve la cabeza hacia fuera, mirando la barra copada por colegas suyos. Como si temiera que nos oyeran, me dice:

—Estos asuntos se tratan sin escándalo. Si eres lista... sabrás que hemos pedido la misma comida (!!!). Está clara mi intención, ¿no?

—No.

Esta vez me sale natural la voz ronca, sin falsete.

—Quiero decir... que no quiero salir de la cafetería de forma brusca. Aquí al lado tengo...

Empiezo a ponerme nerviosa con el tipo. El cálculo de posibilidades para escabullirme es efímero (todos pensarían que corro por no pagar la cuenta del papeo) y veo lejana la puerta de la calle. La anterior historia se volvería también contra mí. Como la lechuga, recuperando el hilo de sus palabras.

—Esto es una extorsión, querida —dice de sopetón.

Su cara deja de ser tensa, tiene un matiz ambiguo nuevo, el claro de los ojos a punto de ser amarillo, los mofletes rellenos sin exageración. La tez clara deja entrever los poros, el pelo arreglado se humedece y queda menos aplastado. Bajo la cabeza: no queda comida en el plato.

—¿Crees que no te he calado?

—¿A míí?

La voz más profunda que poseo.

—Escucha: cuando terminemos de comer —dice mirando su reloj de pulsera—, quisiera que me acompañaras. No es necesario volver a la tienda y puedo olvidar fácilmente lo de los zapatos.

—Tú, alucinas.

El camarero nos trae un par de flanes apelmazados, con sabor harinero.

—Y esto, el chantaje, ¿lo haces siempre?

—Una suerte encontrarte aquí —lo está repitiendo aunque la vez anterior no le hice caso—, creí que ibas a seguir calle adelante. Estaba pasando... cuando te vi subir las escaleras.

Se extiende en los detalles del encuentro, algo molesto, pero expansivo. Vanidoso, o querrá que me distraiga y olvide, que su idea penetre en mi coco como inevitable.

—No pienso acompañarte. Cruzaremos la puerta juntos, bueno... No me interesa tu historia.

—¡NO!

—Cómo que no...

—¡Ey!, dos cafés con hielo...

Me levanto.

—¡Espera! No he terminado.

Ya salgo del asiento. Me agacho para recoger el equipaje. Él me agarra por el codo. El camarero llega con los cafés. Tiro del brazo, y uno de los cafés va al suelo sin manchar a nadie. Gran confusión. Miles de uniformes de Galerías miran en mi dirección. Me percató que una gota marrón ha ensuciado mis inmaculadas zapatillas de gamuza azul...

—Pasad, pasado, ya hemos terminado, je je...

Me las piro sin más; aunque son muchos los cuerpos con los que tropiezo en el camino. En la puerta, está, entrando, la tía de la zapatería, concentrada en explicarle algún rollo chungo a una compañera. «Cagüen...».

—¡Ey! —gritan a mis espaldas.

La parada, para evitar la piba estirada de Galerías, me cruza los cables. Dudo. Disimulo. Mirando el lado contrario. Tropiezo con gente ajena a la movida. Todo bien. Salgo a la calle y echo a correr.

—¡Espera! —se recrudecen los gritos detrás de mí.

Estoy viendo la película en blanco y negro, y no me gusta...

«¡Qué idiota soy! ¡Estoy dando un cante inmenso!». Corro. No hay calle transversal alguna que me salve.

—¡Espera!

Cruzo la puerta principal del maldito almacén. Antes de que acaben los escaparates, me alcanza: un encontronazo, empujón que casi me tira. Trato de zafarme, corriendo en sentido contrario: su brazo me toma por la cintura, siento su mano en mi cadera.

—Espero que no sigas dando la nota, mamona —dice con fuerte aliento.

Estoy sofocada. Siento la presa en mi cuerpo y no pienso: he hecho los cien metros lisos en segundos. El calor sale de

mi cuerpo a ráfagas. Bocanadas caloríficas en los poros de mi piel. Respiro hondo dejando la bolsa en el suelo. Suelta mi brazo y se pasa la mano por la frente, con el dorso. Desde luego no le miro pero su gesto me es evidente. Noto que mi cara se sonroja como la manzana de Blancanieves.

—Coge la mochila —dice con desprecio en la voz. Al mismo tiempo, me toma del brazo—. Me vas a acompañar.

Tirando del brazo, indica la dirección a seguir: desandamos el camino recorrido... La tensión aumenta. Sigo inmutable, calculando las posibilidades: cruzar la calle y meterme por un callejón. ¡Pasamos de entrar en Galerías!

Por primera vez le miro, vamos parejos, volviendo un cuarto mi cabeza: su careto está superrígido, reaparece la faz del empleado. El tirón ahora es más fuerte y me hace avanzar unos pasos. Yo quería quedarme, que me detuviera. Vuelve atrás y coge la bolsa que dejé: otro brutal tirón del brazo. Con la bolsa cogida de una de sus manos seguimos el mismo camino. Ya no vamos parejos: con desgana manifiesta, voy remolcada. Dejamos atrás una esquina.

La verdad es que no me entero por dónde vamos. El tipo es peligroso: una pesadilla. No debí dejar que cogiera mi equipaje. Pienso en la hora. No me queda más alternativa que volver con Yaki: «Mierda». Vamos aprisa. Mi actitud remisa no llama la atención. Pienso en gritar y montar un escándalo, para lo cual hubiera necesitado más transeúntes. Aún debo conservar sangre fría, pues me he dado cuenta de ello. Pienso en desplomarme. Necesito un marco adecuado de gente. No confío en su reacción. Me suelta un hostión cuando grito ¡SOCORROOOOOOOOO!

Tira más fuerte. Corta mis ideas. Tampoco es que acabe alguna. Nada le importa. Tira y tira de mi brazo. El tirón me obliga a meterme entre dos coches aparcados y cruzar rápidamente la calle vacía. Llegamos a una plaza.

Otro cruce de calle. ¿Cuántas ya? Busco con la mirada a ver si viene personal para realizar mi último plan. Subimos la acera de la plaza. De frente, viene una pareja de niñas, con tres chavales detrás: poca cosa. Intentaré caerme. Un nuevo tirón me lo impide. Ando completamente inclinada hacia

atrás. Tropiezo en un escalón. Mi plano de inclinación varía bruscamente. Evito caerme. Enseguida vienen unas escaleras que bajan. El instinto me pone en pie, trastabillando en los escalones. Él ha intentado retenerme para que no cayera de bruces. Estamos entrando en un parquin: «Recoja su ticket». El ascensor está abierto; no tengo ocasión de leer más. El ascensor es todo metálico. Está bastante fresco. Apoyada de espaldas, es como si el frío penetrara en mis huesos. No sé qué hacer. Normal. Empuja la puerta con la espalda. Tengo que recoger mi bolsa. Sigo pillada por el antebrazo. Salimos a la planta, ¿X?, del parquin: atrapada por la muñeca. Un cambio. La resistencia que pretendo apenas encuentra respuesta en mis propias fuerzas. Mis zapatos nuevos resbalan en el asfalto. «Se les estará jodiendo la suela...». Mi pierna se estrella contra el parachoques de un coche nuevo. Suelto la bolsa (¡qué imbécil soy llevándola yo ahora!). Sigue arrastrándome. Consigo soltarme: sus manos, pringadas de sudor. Corro. Intento recuperar mis cosas. Su cuerpo choca contra el mío, por mi torpeza. Grito salvajemente. Pierdo el equilibrio, y sus manos me toman antes de caer. Me recoge al vuelo... Me atrae hacia su cuerpo.

—Vas a hacer lo que yo te diga —dice entre dientes.

No puedo pensar. A trompicones, oyendo el desorden de mis pasos, dejo que me lleve hasta un coche,

R-12

familiar, en el que no parece atinar con las llaves sacadas de su bolsillo. Sin poder soltarme, me tumbo en el capó delantero del coche de al lado. Resistiré todo lo que pueda antes de entrar en el interior del que ha abierto. Toma mis dos manos y me levanta. Entro de cabeza en el automóvil. Siento un golpe en la coronilla que me aturde más. Busco la clavija de la puerta contraria, en la que su empujón me ha empotrado. No la encuentro. Voy ciega, ¡malamente, eh! Mis manos encuentran un saliente del que tiran. No sucede nada. Vuelvo a intentarlo de otro modo, empujando a un tiempo la puerta con la cabeza. Sus manos atenazan mis piernas: las molas... Las levanto violentamente. Aprisiona mi cuello. Me obliga a echar la cabeza parriba: tengo miedo de morir

asfixiada. Oigo cerrar la puerta. Otro portazo. Estoy paralizada. Suenan con eco sus jadeos. Abro los ojos. Su mano izquierda manipula en sus pantalones, afloja la correa, abre la bragueta, busca en el interior de unos calzoncillos horteras, clásicos: sale un pene erecto, muy negro o sucio, que descubro al apartar él la mano de la zona erótica a la que manipulaba bastardamente. El cuello preso por su otra manaza. Con la mano libre, toma mi cara por la oreja que da a la ventanilla. El pollón erecto no se aparta de mi vista. Está completamente descapullado: el capullo, igual de oscuro que el resto del mango. Tirón de oreja. Mi cuello tiene un calambre debido a la fallida resistencia. Agarra mis pelos. El cuello consigue mantenerse aferrado al asiento, intentando incrustarse en él de tal forma que no pueda ser arrancado. Retira su mano de mi cogote. Mis manos van entonces hacia él: una hostia en la cara. La puerta se abre. Vuelve hacia él mi rostro con las dos manos. Paraliza el sprint que tenía previsto ante la puerta abierta, salvadora... Mi oreja a punto de combustión. Mi cuello cede. La espalda es la que conserva la fuerza para mantenerse erguida, pero estoy viendo su pene de frente, apuntando en mi dirección...

Tengo que tragármelo hasta el fondo: un placer, por la bestialidad, que me produce náuseas. Golpea mi cabeza con la palma de la mano. Tengo que tragármelo hasta la campanilla.

Es una cuestión de principios no seguir su sadomasofacha juego, aunque parezca que soy fácil de llevar. Una lindeza (inoportuna e ideológica) de más, ahora. Un baldeo quisiera. Mejor, ¿no?

Para compensar mi pasividad, tira de mis pelos hacia arriba y de la oreja para abajo, tirones endemoniados. El sabor de mi boca es ácido, de veras (es chungo total hacerlo a la fuerza [ahorcan]). Mi lengua huye del contacto fálico. Un leve sabor salobre se mezcla a la acidez. Aprieto los dientes. El tirón de pelo bestial se repite. Cuando disminuye, insisto con los dientes. El nuevo tirón parece separar el cuero cabelludo de la masa ósea. Afloja y vuelve a tirar. A él: le va la marcha ésta. Me duelen los riñones de tanta tensión sin

salida. Mi cabeza sube y baja por los tirones. La acidez se apodera de todo mi paladar, babeo en su capullo toda la bilis de las entrañas. Muerdo otra vez. Los tirones impiden que arranque su miembro de cuajo. Nunca antes había deseado que un hombre se corriera aprisa. Mecánicamente repito el mordisco, y enseguida el brusco tirón. Soy incapaz de mantener los mordiscos vengadores del ultraje. El sabor salado de su semen se confunde con mi saliva amarga. Muerdo con todas las fuerzas que me quedan. Su puño se estrella en mi espalda, el golpe es seco y muy doloroso. Tengo que abrir la boca total para poder respirar. Puedo levantar cabeza. Escupo en su traje: los calzoncillos amarillos desteñidos, el pantalón de tergal...

Quiero llorar...

Grito. Retumba el grito en mis oídos más metálico que gutural. Las paredes del buga no se inmutan. Nadie oye. El cerdo calla. Grito. Sale del auto por su puerta. Cruza corriendo por delante del motor. Bajo la cabeza entre las piernas (las dos puertas están abiertas y se forma una ligera corriente), las lágrimas brotan sin emitir sonidos, sin gimotear. La portezuela completamente abierta: me saca de un golpe. Caigo al suelo, el asfalto se me clava en los codos. Me levanto llena de rabia. Las lágrimas han recorrido mis mejillas. El tira mi cuerpo desmadejado contra el coche. Mi rabadilla da contra la ventanilla. Da la vuelta a su coche; ha dado una vuelta completa. Vuelve. Lleva todo el traje desarreglado. No dice nada. Entra por la puerta de mi lado y cruza al asiento del volante. El coche no arranca, el motor inicia el ruido sin dar el punto final del ralentí en marcha. Agachada por el dolor en el hueso del culo, miro por la ventanilla. Escupo en el cristal. La saliva blanca con sus burbujitas se desliza por la pulida superficie. Doy una patada a la puerta que me duele más a mí. Sale del coche, mirando su cronométrico reló, las llaves sonajeras en la mano, no mira hacia donde estoy. He conseguido incorporarme y espero que mire. Nada. Siento la cara congestionada. Mucha rabia. Veo que una lágrima se desprende de mis cuencas y cae en el asfalto negro (sucio) del piso. Ha debido detenerse mientras

meditaba sobre la lágrima vertida. Un portazo fuerte hace que levante la cabeza (me tengo por una inútil; añoro la fuerza). El tío está cerrando el coche delante mis narices y se marcha caminando de espaldas, viendo por la mirada cuánto le odio. A diez metros, ya no distingo su cara. Tropieza con mi bolsa y da en un coche rojo, sin hacerse daño. La toma por las asas y la levanta por detrás para lanzarla como una honda hacia mí. El trayecto sale torcido; la bolsa se desvía hacia mi izquierda. Oigo el ruido sordo al caer, metálico, encima un coche, casi delante de sus narices. Se vuelve a ese lado. Pienso gritarle ¡cerdo! El «cerdo» que sale de mis labios es flojo, no llega a mis oídos y lo siento colgado en mi garganta. «¡Hijoputa!». A paso rápido va hacia las escaleras. La americana le bambolea entre los brazos, entre los codos para ser más precisa aun en la humillación total...

Ha pasado mucho rato o poco, ya no sé. Todo da igual, ¿no?

Soy una piltrafa total. Cierro los ojos.

Abro los ojos. Un hombre, que detesto al instante, cruza camino de su vehículo.

—Mierda de burgués con buga...

Me duele. Rabia contenida.

—¡Hijoputaaaaaaaaa!

El menda se vuelve. ¿Qué más da?

La impotencia misma que he sentido es la que me lleva fuera del pàrquin. Me detengo donde está la bolsa de la ropa. Volver y reventarle las ruedas del coche. Me falta el puñal.

Con paso pesadumbroso llego al acceso de las escaleras. El hijoputa reaparece. «¿Cómo ha podido aguantar tanto tiempo escondido?».

Le suelto un rodillazo en los cojones como sólo un hombre... sabe dar, o una piba en defensa... propia. El *jar west*, ¡yeah!

Cádiz

«¿Cómo lo haría la morena con el cancionero? El cuarto en el antro de la carretera, iluminado con luz difusa; los objetos (cama metálica, mesilla, espejo, sábanas y mantas revueltas, un lavabo a la derecha de la cama, junto a la cabecera) bajo una pátina amarillenta. Es como observar a través de una lente con filtro amarillo: un objetivo indiscreto para el placer de la memoria.

»La tía viste de negro. La camisa de hombre, con botones blancos abrochados hasta la pechuga, va cogida dentro de la falda, también negra, lisa y de tela; las medias, crudas; los zapatos, negros con tacón alto, una tira que rodea el tobillo sujeta con una hebilla plateada y una tapa del mismo cuero, en forma de pico. La mujer desabrocha la camisa con lentitud. El sujetador marrón oculta por completo sus pechos. La falda se abre con una cremallera lateral. Cae a los pies. Con una mano sujeta la falda, mientras pasa los pies por ella, los zapatos puestos.

»El triángulo. Los pelos del coño se transparentan en los pantys. La piel clara de los muslos... leche. Los poros profundos, oscurecidos por la falta de luz. Los michelines rompen la línea recta de la cintura, y el volumen de la carne a ras de piel adquiere relieves mínimos: son como montes achatados... como paperas...

»El agua salpica cuando de forma somera se lava. El grifo de bronce es viejísimo: el agua cae en desorden, pulverizada. Los hoyuelos en las nalgas adquieren interés en ese culo tan carnoso. La ropa queda colgada a los pies de la cama, los pantys encima de todo, la horma del pie hacia fuera, en cada una de las piernas, unas piernas peludas. El blanco de la piel contrasta con la pelambre negra.

»La mujer está apoyada en la cabecera de la cama, con el sujetador puesto. La cara muy maquillada asume un tinte anaranjado; la sombra de los ojos, verde brillante, los hace,

de tan negros, abismales. El hombre se coloca entre las piernas brutales de la mujer, las mismas piernas peludas.

»El camionero apoya las manos en el lecho, el torso levantado, alante-atrás: movimiento de coito entre una puta y un camionero. El lomo, de la mujer sube y baja a cada embestida, arrugando aún más las mugrientas sábanas, superamarillas. ¡Qué dolor! ¡Ay! Asco. Un martillo golpeando en la entrepierna...».

Cram, cram, cram. Jhiiii, chop, bataclán... Abro los ojos con pereza, cayendo en un mundo nuevo. Dejo que las pestañas apenas oculten la luz radiante del día (tomo lentamente conciencia de donde estoy...).

—¿Dónde estamos?

—En Cádiz.

—...

Apoyada en los codos, me incorporo para enterarme del asunto por mí misma: un mar azul plano, sin motas blancas que deberían puntear las olas. Por la otra ventanilla del autobús, igual. Interesante: Me levanto del todo: estamos en la Bahía. Todo ha sido una pesadilla: la realidad, también.

—Nos hemos pasado, tía.

—¿Eh?, ¿decías?

Se levanta pasando delante de mí. Yaki ya no es el mismo de cuando subió al autocar en Sevilla: «¡Sevilla!».

—No hay que entrar en Cádiz... yo no sabía...

No termina la frase. Da media vuelta y toma el pasillo hacia el conductor. Allí se queda hablando con él. Así que estoy en el bus, olvidado el pasado y... ¡a ver si me sale la movida!

A través del cristal, a la derecha, atisbo la ciudad recogida: tácita. Primero, edificios altos, nueva construcción, seis o quince pisos. Un campo de fútbol. La visión se interrumpe según avanza el autobús por el puente, desde donde se adivinan las grúas del puerto.

—Vamos a ponernos en el centro, tú.

Una camioneta accede, al fin, a devolvernos puente atrás al cruce, que está situado en medio de unas rías-marismas-salinas. La antigua actividad productiva muestra manifiestas

pruebas de abandono. Los nódulos rectangulares artificiales de las salinas, con sus canales, se mantienen en sus originarias delimitaciones. Un canal principal, junto a cuyo puente estoy, al borde de una carretera. Un viejo pesca desde el pretil, la caña, corta, inclinada hacia el agua. El viejo sube (actividad que me distrae total) el sedal para comprobar la efectividad de la trampa. Comprueba el estado del cebo y lo recompone meticulosamente.

—¿Sabes? Lo mejor sería ponerse al otro lado del puente para dejarles espacio para parar, ¿te parece?

El diablo debía estar al loro. El tercer coche que pasa, una vez *al otro lado*, se detiene unos metros más allá: un

4-L

amarillo canario (muy brillante) con una sola persona en el interior.

—¿Vai pá Algesira?

—Sí —contestamos al unísono.

—No tardamo ni un minuto. Yaverei... En una hora: con el tiempo jucto pá cogé el barco pá Seuta... Son bueno Navflo...

—¿Pasas tú mucho a Ceuta? —pregunta Yaki sentándose a su lado.

—Cantidad, ¡para traer veneno auténtico!

El tronco es moreno, el pelo corto peinado hacia atrás, una camisa azul claro de finas rayas, bien formado de hombros, ocupando la plenitud del asiento, pero nada grueso. La imagen opuesta del Yaki camello. Este es menos aparente. Hemos ocupado los asientos, Yaki a su vera, sin responder a su provocación, prudentes.

—¿Vai a estar mushos días en el moro?

—Claro. Yo nunca he estado —afirmo con alegría anormal — en la zona norte de Marruecos.

—¡Os pondréi siego de canutos! En Tetúan, lia os salen los shavales, ¡qué digo!, en la frontera habrá alguno que os allude con el lío de los pazaporte: en plan mafia conshabada. Tirarán de uztede para que vallai a Tetúan a ver a un amigo, el shocolate, por los ojo...

Sigue hablando, granando su acento andaluz que se pega

a mis pensamientos, teñidos de su genial idioma y toda la demás movida. Mis pensamientos se llenan de las aventuras, tan graciosamente contadas, de cuando él pasaba de mil maneras el chocolate a la penín, incluso en las épocas más duras, cuando eran implacables los perros. Terminó dejándolo por cansancio, que no le iba tanto encularse («¡Madre mía qué tonto!», pienso). Al parecer, ahora querían instalar en la aduana de Algesira rallo equi, como en los aeropuertos internacionales, que en la zona hay un tráfico de la hostia (Yaki tiene los ojos abiertos, venciendo un sopor que imagino), aunque...

—¡Vaya cante que estoy dando! ¿No? —mira hacia mí.

Estoy poniéndome jodidamente triste: no he asimilado el asunto de Sevilla; tengo miedo a que salga mal la movida de Ceuta: el dinero del alquiler del piso, la vaga impresión de haberme pasado y no tener alternativa si me fundo las pelas... «El individuo se puso nervioso. La cara entre la ira que aterra y no sé qué... Estaba muy excitado, la expresión del rostro como cabreado, pero los ojos le brillaban de gozo. Mi postura: eso era lo duro. De golpe: entro en una movida extraña, se me ocurre de repente (un impulso) introducirme en el ascensor, una situación por la que inintencionadamente pongo todo patas arriba, todo en contra (o todo a favor). Tener en esos momentos un resorte interior que salte ante la proximidad del peligro o calle cuando pueda salir con éxito, porque, una vez traspasado el umbral, una vez que han cazado, no encuentro en mí fuerzas para la resistencia. En cambio, una fuerte debilidad ante lo imprevisto transforma en imán el deseado resorte».

—Toma.

Me pasan un canuto. Están comentando la calidad del costo de cada uno. Pego dos caladas al porro. Está cargado a tope y no soy capaz de chupar más. Lo devuelvo al andaluz. Los dos están muy animados con el tema: haschís, goma, aceite...

Pasados unos minutos, siento subir del cuerpo una corriente hilarante, pese a la total depresión del coco.

«No siento nada especial: ni rencor ni furia. Tampoco

impotencia, como si yo me lo hubiera buscado. Estoy indefensa frente a la fuerza. Las experiencias fuertes no me asustan, ni me inquietan. Pero, si hay violencia, no sé actuar. (Tiemblo porque me hallo buscando atenuantes a la mula). Tenía que haber vomitado en su pene, cayendo en su pulcra ropa la papilla. Pero, cómo me gusta mamar pollas».

—¡Niña!, mira patrás... Ya verá que coza má bonita. Veher... Párese que cuerga de la montanha. Ahí... nasí yo. ¿Te gusta, eh?

La vista es muy hermosa: un pueblo blanco al borde de una cortada. La visión dura muy poco: en la primera curva, se pierde. El tío le pega al acelerador (pasando delante de una pareja de tráfico). No veo ningún cartel indicador de acceso a la maravilla entrevista. La asociación de ideas es inmediata: yo de francotirador, protegida por la escarpada; en el punto de mira telescópico, el violador y... ¡pum! Me sabe a poco el rodillazo.

—Por la noshe es divino, cuando encienden lo refletore, desde abajo...

Yaki va armando otro porro. La carretera se torna recta, en subidas y bajadas, aún no se divisa el Mar. El costo del nuevo peta lo pone Yaki, que dice haberlo comprado en Sevilla. La carretera parte el campo en dos: a un lado, praderas para pastar la vacas; al otro, alcornoques y también pinos, cuajando en la sierra cuyas suaves cumbres rompen la perspectiva hacia la Mar. Punta Paloma: la sierra se corta y aparecen grandes dunas de arena blanquísima que se extienden hacia el cabo. Un campín: superficie multicolor, abrasada por el desamparo de los árboles que inundan la pendiente del monte próximo, a unos quince metros. El Mar intensamente azul. El coche avanza a tope, paralelo al campo, por un suave acantilado que cierra la playa casi infinita, convertida en luz...

El segundo canuto es más flojo que el del colega. Me apoyo en el respaldo delantero, centrada. Acaricio con abandono el cuello de Yaki, por el lado de la ventanilla, ocultándoselo al andaluz. Le doy unas caladas al porro: la cabeza empieza a subirme, la alegría recorre mi cuerpo.

Ahora estoy concentrada sólo en el interior del vehículo. Yaki retiene mi mano con su barbilla, las manos ocupadas en hacer otro peta con el chinón que le ha pasado el andalusí nada más probar el que yo tenía. Cuando afloja la presión sobre mi mano, sigo con las caricias: por toda la cara, y la boca, no se anima a chuparme los dedos que repaso por sus labios, vuelvo ahí y los cierra. El andaluz mira de reojo, pero no dice nada. Canturrea por los bajinis una tonadilla. Yaki se libra de mí dándome el porro para que lo encienda. Su gesto es adusto, bastante seco, una mirada recriminatoria, que no quiere saber nada de mí (¡idiota!), que se pierde en la inexpressividad de sus ojos. Me reclino en el asiento para disfrutar fumando: Venta del Porro o de los Porros, unas casas a ambos lados de la carretera. Paramos para tomar algo. El andaluz se ha impuesto, arguyendo que tenemos tiempo sobrado para tomar el barco al anochecer. Yaki se opuso a la parada, pero, ya en el interior de la venta, y una vez pedida la cocacola, invita a Diego a una competición en la máquina de marcianitos: un tipo que a martillazos se abre paso por una rampas, saltando toneles y bolas de fuego, en la cumbre espera la doncella presa de Kin-kong

El váter sólo tiene la taza y un pequeño lavabo de color ocre rojizo por el abundante óxido, y es estrecho, las paredes húmedas, el suelo blanco. Los chicos han quedado en la barra: Diego quería convencer a Yaki para que comprara sus productos y se ahorrara el viaje al moro (en ésas estaban, aburriéndome, cuando he decidido dar satisfacción a mi esfínter). Las bragas en las rodillas, siento en las nalgas el frío de la porcelana; también dolor de vientre, nada más sentarme. Los chorizos que caen me salpican el culo abierto. Acostumbrada ya a la fresca sensación, huelo mis bragas inclinándome lo más posible, hasta besar las rodillas. El olor es fuerte: gotas de orín reciente. Recuerdos de cuando chica: a escondidas, tomaba las bragas de mi madre y hermana, acercando al máximo mis narices a la felpa sucia, empapando mi olfato del excitante flujo, esa línea oscura que se marca,

ahora la observo, simétrica a la raja. He reventado el elástico de las bragas: demasiado abierta de piernas. Las bragas quedan a la altura de los tobillos. Levanto un poco la cabeza y puedo ver la obra de arte hecha en mi sexo: la espesura de negros pelos impide ver la artesanal forma de los labios, pero deja que se adivinen abiertos y húmedos. El olor es penetrante: la posición facilita que el perfume llegue exacto al olfato. Me paso los dedos para luego sentir, bien cerca, la excitación de la pituitaria. En dos días, casi, me he cambiado de ropa varias veces: me saco las bragas y vuelvo a olerías detenidamente.

Siento alivio cuando el agua moja mi coño. Es absurdo, pero me seco con las bragas sucias: la falda cogida por la barbilla, viendo mi triángulo de forma nueva, una perspectiva única. La posición es incómoda y la falda resbala por mi cuello. Al apoyarme en la pared, siento repulsión: la humedad mohosa. La brusca reacción me deja cortada: las bragas sucias en un puño. Ha pasado mucho tiempo, estoy encerrada. Guardo la prenda íntima en el bolsillo de la falda: no tengo repuesto que ponerme.

La cerveza ha perdido toda su fuerza, sola en el mostrador de aluminio. El bisnes del andaluz no ha prosperado: Yaki se ha mostrado irreductible, la idea preconcebida fija. En el interior del coche se monta otro canuto, para compensar al colega. El camino se pasea junto al Mar. Algunos pinos sueltos. Otro campín a ambos lados de la carretera: una torre morisca semiderruida; al otro lado, vistas a la pálida playa. El cuatro latas coge pronto la velocidad punta, haciendo correr vertiginosa la playa, prolongada, profunda por la marea baja. Tarifa. Hasta aquí he seguido atenta el paisaje, agudizados los sentidos por el continuo rodar del chocolate. Para nada he asociado los distintos parajes con la primera vez en que pasé. El ferry a Tánger desde Tarifa. El coche enfila la cuesta de una nueva sierra, una ruta que atravesaré por primera vez. Pienso que, entonces, estaba cegada por la obsesión del cambio, por la cerebralidad de la decisión. La posición que ocupó (acariciando la oreja de Yaki y pensando en mi historia) dentro del coche me resulta muy incómoda: son

excesivas las curvas que tomamos, bajando al puerto. Cambio de posición; el cambio me provoca mareos. Los pulmones calientes. Trago saliva: las papilas completamente resacas. La falda, al sentarme bien, se sube y pone al descubierto mis nalgas desnudas sobre la tapicería sintética del asiento. ¡Las bragas! Las curvas continúan, y aparece el Mar, lejano, en la siguiente bajada. Abro la bolsa y busco otras bragas, la corriente de las dos ventanillas abierta me llega a la entrepierna. Levanto el culo, arqueando la espalda sobre el cuello, para ajustarlas a la cintura, los muslos enteros al descubierto, la prenda ajustada a la raja. Arreglo la falda revuelta en el mogollón. Sentada de nuevo correctamente, cruzo mi mirada con el andaluz a través del retrovisor. La carretera sigue cuestabajo, pero sus curvas ya no son pronunciadas, el coche puede tomar la velocidad que pisa el piloto:

—Ya estamos llegando. ¿Vei el Peñón?

—...

—Yo vivo en La Línea, pero suelo parar en Algesira. Hay má marsha, musha má gente guapa, ¿sabei...?

Unos guardias civiles nos mandan parar. Preguntan, saludando, adonde vamos y nos indican un carril para que avancemos si no vamos con el coche a Ceuta. La carretera está cortada donde empieza la ciudad. Circulamos por uno de los carriles de salida. Nos vuelven a parar. Pasa una tanda de vehículos en dirección contraria. Delante nuestro, dos coches más y un guardia que nos retiene. En los carriles de la derecha, coches, más coches ocupados por moros, familias enteras en cada uno. Unos chiquillos cruzan delante del nuestro, corriendo, y casi se meten bajo las ruedas de un camión que sube, lento. El civil toca el pito, y los niños retroceden corriendo.

—Ezte año es demasio la de moros que hay... Para montar una campaña de navfíos... ¡con lo de este mé, sacas pá tóó el año! —guiña un ojo hacia mí.

El guardia no deja de Hacer gestos para que pasemos rápido. Detrás de nosotros están dos camiones, esperando a que arranquemos. La caravana inmóvil llega Hasta el puerto.

Un municipal nos corta el acceso y seguimos por el paseo marítimo abarrotado de coches en varias filas.

—Acompáñanos a tomar algo, colega —digo en cuanto para, un poco lejos de la vigilancia de los guripas.

—No —Yaki ha salido y abre la puerta de atrás para que salga yo—. No tengo adonde aparcar, es un marrón. Tenei que daos priza pá coger billete.

—Bueno, oye...

Anocheecer

La travesía será corta. La cubierta está repleta de moros y pocos blancos. Una cabeza rubia de tío que enseguida pierdo de vista. Yaki va pegado a mi cuerpo. El Mar está revuelto y nos ha tocado el bote más pequeño de la línea. En mitad del Estrecho, mal cálculo, pasa por babor un barco el doble de grande, desolado. Los moros no están afectados por el regular balanceo: ellos, inclinados sobre la borda; ellas, sentadas cuidando de los niños a los que no dejan moverse.

El barquito queda colgado en el agua, sin tierra a la vista, durante unos minutos. El Mar oscuro: el verde profundo se baña de gris, matizando de ese tono las crestas de las olas, la estela de barco. El viento de cara: Levante frío. El violeta del horizonte queda suspendido, a punto de pasar al azul y negro.

Imposible transitar por la cubierta: estoy obligada a contemplar el lado oscuro del atardecer. Yaki se vuelve, presiente que estamos llegando, pero nadie alrededor se apresta. Unas gotas de agua muy fría salpican mi cara cuando vuelvo a atender al paisaje: África es una franja de montes que se acercan Ceuta queda a estribor...

Ceuta

Yaki conoce el camino, el paso al trote. El viento frío baja por la calle cutre-principal de la ciudad que acabamos en una exhalación, entrando en el dominio de las calles estrechas hacia un bar: una esquina iluminada por las luces del local. El día se ha ido y aún no han encendido los faroles. El bar está lleno de hombres, moros y cristianos, de tez morena. Nos situamos en la barra, cerveza y coca, completamente a la expectativa, yo ignoro cuál... La verdad es que no se me ocurre nada que comentar con Yaki: un moro se le acerca. Le faltan tres dedos de la mano, la sana cuelga mientras gesticula con la otra.

—¡Qué tal amigo, otra vez por aquí! ¿Te acuerdas de mí?

—No —responde Yaki, tratando de eludirlo.

El moro se pega e insiste en hacer amistad, como la otra vez, un amigo nuestro, para lo que queramos. Otro moro, alto y pelo encrespado, cara occidental y blanca, muy joven, se pone a su lado; éste no habla español, se entiende con el de los dedos en moro: deben hablar de nosotros o de Yaki, para ellos paso desapercibida.

El moro no sale del argumento de su bondad. Mientras nos dice esto, al otro le habla nervioso en su idioma. Yaki es parco en palabras y, desde el primer momento, se ha negado a hacer el bisnes con ellos. El alto parece no inmutarse con la sequedad del cliente y le incita al de los dedos a que persista. Este se pone cada vez más excitado y las palabras se le atrancan, olvidando los tiempos y quedándose a piñón fijo con los infinitivos.

Yaki se vuelve de espaldas a la barra, ignorando a los otros, que ahora se dan cuenta de que voy con él. También dejo de mirarlos. Por unos momentos se callan y, cuando vuelven a hablar, lo hacen bajo, sólo para ellos. Yaki y yo seguimos con la mirada a otro tipo moro que acaba de entrar, el pelo negro, vellón; lleva un pullover y un pantalón de tela

gruesa; va más abrigado que el resto de la concurrencia. Se coloca en el extremo de la barra y le sirven un té. No ha hecho gesto de conocer a Yaki, aunque él sale a su encuentro.

Entran cuatro tías, parece un aluvión en la masiva presencia varonil. Se meten en el hueco que he dejado para separarme un poco de los moros desestimados por Yaki. El hueco es pequeño y me desplazan suavemente. Tengo que cambiar de sitio las bolsas y volverme para mirarlas: cuatro tías recias, una sola baja pero fuerte, cara sonrosada y gafas redonditas a lo Lenon; a su lado, una rubia inmensa, con una sencilla cola de caballo. Por su iniciativa, las chicas hablan con los jóvenes moros que las atienden, sorprendidos.

Estoy en el umbral del cuento de la lechera. Tengo cierto mosqueo conmigo por no haber aclarado conceptos con Yaki: la medida en que participo yo en el negocio. Está claro que él me quiere utilizar.

—¿Vamos? —dice en cuanto llega.

—Esto... El tío ha cogido su bolsa y alcanza al moro en la puerta del bar.

—Espera aquí, si quieres.

—No. Te acompaño.

Las chicas se abren paso a la calle apartándome, que me he quedado como un pasmarote, tiesa, viendo cómo Yaki se piraba con el moro y continuaba las negociaciones. Yo, desplazada, les sigo a distancia prudencial.

Escalamos la calle, internándonos en un barrio de casas bajas, donde la iluminación se reduce a unas cuantas bombillas esquineras. Torcemos a la izquierda, al final de esta calleja, un horizonte negro sin estrellas. El moro se detiene en una puerta, entra, para un momento nos dice:

—¿Habéis hablado del precio?

—No. Bueno... dice que ha subido y tal: la frontera... pero hasta que no vayamos a la casa...

—¿Cuánto vas a comprar?

—No lo sé. Ya te lo he dicho...

—Está bien, colega, ¿cuánto crees que sacaré por quince talegos?

—¿Quién? ¿Tú?

—Sí —bajito.

—Bufff...

El moro sale y, sin más palabras, le seguimos dóciles y aprisa. Torcemos a la derecha. Todas las casas son de una planta, las ventanas débilmente iluminadas; en las puertas, hermosas mantas moras ocupan el lugar de la madera, para aislar el interior del calor que hace fuera, que siento... ¿o es la marcha que llevamos?

La negrura parece absoluta: la calle sigue en cuesta para cerrarse en un muro de piedra negra, cortado en vertical la montaña, por encima de la cual asoma la Luna a la que le falta una uña para estar llena.

El moro entra en un callejón. Le seguimos. La Luna es la única luz que baña las cuatro paredes del callejón. Sube unos escalones y llama a una puerta de un verde tétrico, que abre una mujer, la cara oculta al trasluz del interior, tan rápidamente que pienso que nos estaba esperando.

La entrada de la casa tiene forma de pasillo corto. Enfrente, una puerta desprendiendo luz de fluorescente, la cocina. La mujer, que viste un suéter negro y falda larga amarilla, se pierde allí. A la derecha, una puerta abierta que da a un salón bastante grande, un sofá y una mesita baja de madera, alrededor de la cual están sentadas las chicas del bar: bolsas de plástico con mazacotes de haschís, los dos moros jovencitos sentados en unos pufs y un tercero, desconocido, de pie, más delgado y fino que los demás, un bigote estrecho muy negro: los huesos se le señalan en todo el cuerpo. Nos ve entrar, deja otra bolsa en la mesa y nos saluda. Pasamos a la habitación del fondo.

No hay luz. El delgado trae unas velas finas, que enciende con una caja de cerillas moras, una cajita de tipo francés, nada parecida a las españolas. Rodeando la habitación, pegados a la pared, lo que parecen somieres con colchones de goma espuma, a modo de tresillos, donde nos sentamos. Empieza el gran ceremonial y no quiero ligar completa la historia... Mientras, miro el gran tapiz de colores chillones, fucsias y dorados en un fondo negro, cuyo dibujo es un gatotigre de lo más hortera. No hay mesita en el centro, los

moros colocan en su lugar unos taburetes, para situar las velas. El que parece el dueño de la casa (maneja todo el chocolate que se muestra) conversa en moro con el que nos ha traído. Yaki y yo *in albis*.

—Buen chocolate te vas a llevar —dice cuando aún esperamos la primera muestra—. Acabo de traer... lo de la montaña.

Los moros vuelven a mirarse entre sí. Yo al final no he aclarado mi parte en el negocio con Yaki, ¿a dónde iremos a parar?

—¿Cuánto quieres?

—Hay que esperar a ver el costo, ¿no?

—Sí —dicen los moros.

El delgado es el que va a llevar la conversación. El introductor posa su mirada fija en la pared. El silencio se rompe. Yo les miro buscando intervenir y acelerar el bisnes. Pero las alabanzas del choco las dirigen a Yaki. Después de la parrafada propagandística, preguntan por el dinero que tiene. Insisten. El da una cantidad baja. El introductor retira la vista de la pared, sorprendido. La mirada del delgado es comedida. Se cierran en banda cuando Yaki habla de gramos. Mi pregunta sobre lo mismo queda en el aire, vacía. Ya estoy perdida en la discusión. Consiguen subir la oferta sin hablar todavía del peso. Yaki pide medio kilo: él cuenta con mis pelás, pero ellos no y se quejan: es imposible. Aunque no son muy explícitos al respecto. Yaki canta los 50 talegos. Los moros sonríen satisfechos.

Entra el moro de los dedos perdidos. Habla a sus paisanos de modo atropellado: es un chico muy nervioso y ahora está excitadísimo. Su compañero nos mira desde la puerta sonriendo y apoyado en el marco. El de los dedos se sienta al lado de Yaki:

—Con las mujeres no se puede tratar, amigo —dice en un castellano trepidante—. Encuentran pegás a todo: que no están de acuerdo en el precio, ver mejor calidad. Fuera, cuando vamos a pesá, creen que engaño, no sé, amigo, no sé cómo vienen...

El dueño de la casa no le deja terminar el párrafo, se

levanta y sale para volver con uno solo de los mazacotes de haschís que ofrecieron a las cuatro chicas.

—Amigo, verás cómo no hay engaño: lo mejor que te podamos conseguir...

—¡Es polen! —dice Yaki confirmando los elogios del de los dedos.

—No te preocupes —ataja el introductor—. Acabamos de bajarlo de la montaña.

El delgado vuelve a salir. Regresa con una marmita de cobre dorado, llena de agua hirviendo. En la otra mano, trae un infiernillo de alcohol, que enciende sobre uno de los taburetes para mantener el agua cociendo.

—¿Cuántas bolas hacemos? —y hace el gesto de: ¿eh?

Después, mira al jovencito de la puerta significativamente. El chaval comprende: vuelve con un cuchillo de carnicero y un fajo de condones. El cuchillo corta limpiamente el mazacote, unas pocas migas se desprenden.

—Prueba, amigo.

Yaki toma una china y me la pasa. Él está concentrado en el corte. Coge una de las partes obtenidas.

—¿Está bien? —los moros le miran con simpatía cómplice.

Los cuatro trozos los meten en unas bolsas amarillas, retorciendo el plástico para ajustar bien el haschís en el interior.

—Un buen negocio. Con la mujer, no puedo... No, no interesa engaño, prefieren que vuelvas, hacer amigos que hablen bien... allá en Madrid.

La habitación está llena de una actividad febril: por tiempos dejan los paquetes amarillos del haschís en el cuello vaporoso de la marmita, cuando la bola se ha calentado un poco la aplastan estrujándola entre las manos...

—Queda bien, amigo.

El moro de los dedos es el que más se afana con la tarea. El dueño de la casa no se pringa en la operación. El de los dedos muestra la bola cada vez que da un apretón de manos. Los otros tres (Yaki, el introductor, el jovencito) terminan antes que él.

—En Madrid sacas dinero...

Las bolas pasan a los condones, tres por cada una, bien prietas. Cada una tiene un tamaño diferente, aunque se puede decir que hay dos pequeños y dos grandes, parecidas entre sí.

El de los dedos se ceba hablando con Yaki. Imagino que se ha quedado colgado con las tías y quiere apuntarse.

—Nosotros necesitamos dinero. Vamos a trabajar en Francia... los dos —señala al jovencito.

Todos miramos al moro desdedado con indiferencia. Yaki saca sus talegos: la operación de prensado se ha acabado. El resultado es que las bolas han quedado reducidas a la mitad.

Pienso en que no hay medio kilo y me lío mentalmente calculando ganacias con el precio del gramo en el foro.

Los moros toman la pasta y ponen cara evidente de que falta. «Ella...» musita Yaki.

Las cuatro bolas están alineadas en el taburete. Hay una pequeña diferencia de pelás que Yaki quiere arañar. Yo tengo algo más que un talego en el bolsillo, ¿para cuántos días?

El delgado pone cara de circunstancias: Está bien...

El desdedado se ofrece a acompañarnos. Quiere que nos detengamos en el bar de la esquina. Yaki lleva prisa: hay que encontrar alojamiento. Me mira y se lo confirmo.

—¡Adiós, amigo!

Según bajamos hacia la ciudad, las casas van adquiriendo altura: dos, tres y, antes de acabar la bajada, cuatro, cinco y seis pisos. El silencio es grande; creo que puedo escuchar el rumor de las olas. Nos metemos a la izquierda, por una calle paralela al paseo marítimo.

La pensión está en el segundo piso, el portal entornado, el descansillo iluminado por una bombilla corriente, el resto de la escalera a oscuras. La bombilla se apaga cuando tomamos el último tramo de escalera para el segundo piso. Yaki corre y llama al timbre:

—Queremos una habitación...

Un hombre ha abierto la puerta. Delgado y bajo, el pecho recortado (como si quisiera meterse dentro) y la camisa arremangada. Nos hace pasar y llama a su mujer. No hay habitación para los dos solos... «Ya». contesta Yaki. «Bien,

pasen».

La habitación es amplia, de sobra para las cinco camas, tres a la dere y dos en el rincón entre la puerta y la cercana pared. La posición de estas dos camas parece hecha a propósito para nosotros.

La señora cierra la puerta. Estamos parados en la entrada. En la primera cama, hay acostado un tío: el pelo rapado, echado de espaldas a la puerta y formando un cuatro en la cama; ropa de militar, color tierra, cuelga a los pies del catre. Tiro la bolsa en la cama cercana a la puerta y voy a mear y a lavarme.

Cuando vuelvo, Yaki duerme donde dejé el equipaje. Mientras me desnudo, mantiene los ojos cerrados. Me meto en la cama. Espero: no hemos cambiado palabra sobre el bisnes con los moros. Nada pasa. Con el embozo al cuello, estirada y bocarriba sigo esperando. Yaki se mueve: sigue con los ojos cerrados. El vecino no se ha enterado de que hemos llegado. La luz del pasillo (hay un cristal encima de la puerta) se apaga. Cierran una puerta.

«El moro de los muñones: negociar con las mujeres es imposible. ¡Qué sabrá él! Si es por mí, no hacemos el bisnes. El barullo que se montan por la cara. Claro que en Madrid por un talego te dan una barrita de mierda, más fina que una hostia. ¡Es un buen truco sacarte las pelas que llevan, antes de sacar la mercancía! ¡Joder, no tengo mentalidad para trapicheos! Admiro a las cuatro tías. Dieron un buen palo al de los muñones».

Estoy tumbada casi al borde de la cama. La sábana se levanta y un cuerpo entra en el lecho. Me acarician el culo, por encima de las bragas. En un instante se pega a mí, tratando de pasar la mano por debajo de la almohada; tropieza con mi brazo y pasa el suyo por debajo de mi sobaco. Es Yaki. Siento su pecho fofo contra mi espalda. Su pene endurecido quiere acoplarse a la raja del culo, pero lleva puestos los calzoncillos. Intento volverme, cuando pasa su otro brazo por encima y me aprisiona contra su cuerpo. Su vientre se pega a mis riñones, la polla cada vez más dura escarba entre mis bragas. Pretende bajarse los calzones

separándose un momento. Aprovecho para girarme toda y verle la cara.

—¡Tío, no hemos hablado del reparto! —susurro.

Yaki se corta... iba a bajarme las bragas.

—Bueno, tía. Mañana, ¿no?

Quiere besarme. Su boca me sabe mal. El pene se le ha puesto morcillón, el capullo blandengue. Estoy mosqueada, ¿por qué se lo ha pensado tanto?

Estoy atenazada, con los brazos presos entre los suyos, encogidos sobre su pecho, las manos tocando sus tetillas a disgusto. Su cintura se aprieta contra la mía, vacilando en darme el revolcón. Cuando lo consigue, aún tiene que quitarme las bragas. El empuja con fuerza, pero presiento el glande blandengue. No quiero que entre todavía: me encanta el roce. Gotitas calientes caen en mi tripa primero, y una segunda tanda, muy cerca de los pechos. ¡El muy cerdo! Hace un movimiento de retirarse, y yo le retengo y me muevo debajo de él con furia, raspando el capullo con toda la pelambre: el palo se deshinch. Me abro bien de piernas, dejando cantidad de espacio a mi sexo para acercarse al suyo, para tomar su pene flácido, morcillón, entre las piernas, el capullo en los labios y me agito a tope: la cola se le levanta. Un rato más, a ver si aguanta. Pasada la prueba, acerco el palo a la raja y se reblandece. Son varias las intentonas. Las tentativas para que me encule son fallidas, ¡y mira que yo me abro bien de siempre!

... ..

Oigo fuertes pasos de goma. Entreabro los ojos: hay poquísima luz, las paredes son de un gris azulado plomizo. Cierran la puerta de la habitación. No oigo nada más y me atonto total.

El agobio... Me agobia el sueño: calles oscuras, las paredes de las casas muy próximas a mí. No es que me impidan el paso, no; la sensación es que todo aparece reducidísimo: a lo ancho y a lo alto, la calle, las casas, la luz, el suelo... unas escaleras. Por la calle, sólo circulan hombres:

en dirección contraria a la que siento yo, la poca luz impide que vea sus caretos. Luego, todo es al revés: sus siluetas se esfuman, cambian a caras grandes, más bien anchas, sin barbilla, planas, un poco por debajo de la línea de mis ojos, es decir bajitos. Me esfuerzo por registrar sus figuras. ¡Van bien vestidos! Me revuelvo porque algo no cuadra... Tengo a la vez dos ideas difusas. Los rasgos andantes tienen ojos, pero sin luz, no brillan: azules, negros, verdes... amarillos. La dualidad del conocimiento. Siguen viniendo: uno y su doble, juntos en el mismo físico inidentificable, caretos y más caretos, una multitud, funcionando a riadas. Y yo inmóvil, porque estoy a punto de reconocerlos. Avanzo. Un rostro demacrado destaca en la maraña de caras gordas: sus ojos son miedosos, pero llenos de odio. Sale un momento de la oscuridad y se pierde, sin mostrar el cuerpo que le sustenta. Avanzo y desaparece la multitud: unas escaleras, tramos cortos y sucesivos, dos o tres escalones, se repiten con obstinada precisión, hay algo más de luz, totalmente gris oscura, luego azulada... Las escaleras: puedo elevar la vista por la atracción que ejercen sobre mí, aunque tropiece. La negrura es total, quiero luz en alguna parte... En el fondo, reaparece la calle. Ha cesado el trasiego de la misma gente, del único tío: a-quel-tí-o. Sólo deseos de llegar a la luz. Sólo después deseos de encontrar una calle transversal. A medio camino del fondo, vuelve a pasar gente: ¡la calle! Una basca circulando en... Tríos... también de formas femeninas. Es un puntazo: ¡la calle, figuras familiares, a las que conozco, a las que quiero hablar!

Despierto. ¡Cualquiera abre los ojos! Siento una pereza total... y frío. Arremeto la sábana en mi costado, aún queda un agujero y corta como un cuchillo: es necesario arremeter también con la colcha. En el trajín, doy con las bragas que anoche me quité para nada... El fragante aroma otra vez. Bien tapada, y se filtra el olor. Bacalao... Ahora son una bola en mi mano. Los ojos cerrados facilitan la aguda percepción de los otros sentidos. La imaginación pone los colores: el siena claro (que así es más turbio que al natural) de la felpilla seca, tiesa tras una noche separada de la entrepierna. Se me

eriza la piel cuando paso esta frágil dureza por mis senos, el bajo vientre, los muslos, las rodillas y vuelta hasta el cuello. Entonces, el olor se mastica, se confunde con la sequedad del paladar, el resquemor en la garganta. Paralizada: Yaki se mueve, oigo crujir la cama próxima: un sonido metálico. Expectante. Llega su respiración, ruido de ropas, movimientos en el somier que duran poco. Ahora caigo en los demás ruidos exteriores, fuera de la habitación, completamente anodinos: taconeo de botas en las baldosas y clac en la puerta. ¿Qué hora será? (¡Maldito sentido!). A oscuras el cálculo me sale fatal. Abro los ojos. De la ventana llega una luz mortecina: no hay prisa. Todas las sensaciones se mezclan. El sentido habitual cegado. Me encojo: las muñecas entre los muslos, las bragas en las manos.

Cuando regresa Yaki, sigo en trance. Creo que en los ruidos que mete para vestirse hay jujana. Me espabilo aparatosamente: «Hala». Salgo pitando pal lavabo.

—He pagado a la patrona —dice Yaki en cuento vuelvo.

Rebusco en mi bolsa y le paso el talego que me queda.

—Toma...

—...

—No, déjalo.

Termino de arreglarme, imaginando el camino que llevaremos. «Está el marrón del haschís».

—Tengo aquí esto... —dice, poniendo las bolas en la cama y yendo a cerrar la puerta con llave.

—Puf... Podríamos haberlo comprado a la vuelta, ¿no?

—¡Qué dices!

—Joder, sería lo normal.

—No te enteras... —y calla, poniendo cara de estar pensando.

—Yo siempre me lo he hecho con una tía... y la mitad de costo, en... dos días.

Está alelado.

—No se qué hacer —y aprieta los labios.

—¿Nunca has pasado?

—No. Ya te lo he dicho. Con una tía basta. ¡Podríamos hacer dos bolas!

«¡Dos agujeros = dos bolas!», pienso. ¿Qué digo? ¡Con una tía basta! Me vuelvo airada hacia él (está desenfundando una de las bolas): «Te mataría, cabrón», las manos al cuello, una somanta a hostias, la chaira, cabrónnnn, las cosas se han puesto claras.

Estoy dándole patadas, puñetazos, sopapos, en la cabeza, en los pies. Retiene mis muñecas y doy el punterazo más fuerte: el empujón me lleva contra la cama del soldado y la cabeza en el tubo de la cabecera.

—¡Eres un cabrón!

—¿Qué pasa, tía?

—¡Yo no voy a encularme las dos bolas!

El corazón me ha dado un vuelco: la reacción ha sido con todas mis fuerzas, sentidas en los bíceps temblones. Si Yaki hubiera respondido como un hombre, la pelea hubiera sido inevitable...

—Tú quisiste entrar en la historia, ¿no? Así que enróllate, colega.

—Eres la hostia.

—...

El tío pasa: los ojos encendidos, chispean... Toma otra bola y espachurra dos entre sí, rabiosamente.

—Me voy a tomar café.

—Pásate por la farmacia y trae condones.

¡Plom!, la puerta.

Lo que más me jode es no ir a Marruecos. Me siento engañada, total. Sigo sintiendo ganas de tener una pelea: puños fuera. Vuelvo a la habitación con un vampiresco cigarrillo rubio a precio de ducados.

—Mejor que vayas a cagar si tienes que meterte esto — Yaki muestra la nueva bola: grandota y amorfa.

Fiuuuuuuu..., sale el humo entre mis dientes. (No es una pose).

—Jé, entre el café y el cigarro... ¿Has traído eso?

—Sí —y me voy.

Tengo el muermo, pienso acodada en las rodillas. Todavía no ha empezado el jari: no pienso tragar con su mandanga, ¡allá se las componga, él! ¡Julai!

—Toma —me había olvidado darle el encargo—. Por mi cuenta, he comprado unos micralax para él.

—¡Pero, si no lo necesito!

—Eso te crees tú.

—Mira, colega —se acerca a mí con el bolo de has en la mano—. La movida está clara: tú bajaste para esto —y da vueltas al bolo como un pirulí.

—¡Tú dijiste que íbamos a Marruecos! —chillo.

Frente a frente.

—¿Con qué pelas? —él.

—¡Vete a la mierda! —yo.

Plas. El golpe vuelve mi cara hacia la puerta. Pierdo un poco el equilibrio: un paso atrás. Yaki está temblando de ira. La distancia que nos separa es poca. Me tiro de cabeza a su cuerpo, siento la firmeza de su hombro en la frente, coge mis brazos, caemos, yo encima, me rechaza. Vuelvo dando puñetazos, levanta mi cabeza: me aprieta los carrillos bestial. Empinada, tengo más espacio para golpear y estoy viendo su cara. Un fuerte dolor en los nudillos, un rodillazo en mis tripas, me derrumbo, me dan arcadas...

—¿Qué pasa aquí?

Se abre la puerta.

—Nada... nada.

La patrona mira de hito en hito a la cama... y, después de un rato, a mí.

—Ya nos vamos.

Yaki saca de la habitación a la mujer, tomándola por un brazo. Cierra la puerta: está mirando, silencioso y pálido (el pómulo izquierdo apenas enrojecido), cómo me retuerzo por el dolor de estómago.

—Me voy a buscar una chuta.

Abre la puerta: la patrona estaba detrás, escuchando.

—Ya nos vamos —dice Yaki cerrando la puerta.

«¡Voy a llamar a la Policía!», gritan tras la puerta. Tengo fuerza para levantarme; respiro mejor.

—¡Vámonos!

—Espera... —pongo la mano en las dos bolas pequeñas.

Entra el hombre de la patrona:

—Ya nos vamos, jefe —digo y con la mano pido que salga.
Yaki se sienta en la cama.

—Comételo, tronco.

Echo la llave a la puerta, intentan abrir:

—¡Espere, hombre!... por favor...

Yaki suspira tumbado en la cama, el pómulo izquierdo cárdeno. Tengo segura la mandanga en mis manos.

—Comételo, tío —digo tranqui—. Yo te ayudo...

—...

Tengo que sacarle el baldeo de la chupa. Y me pongo a cortar en rodajas el chocolate, su bola.

—Calienta el filo... ¡trae!

El mechero, el filo estirado de la navaja... sujeto la bola. Sale una raja gorda y unas chinás en el asiento de la silla: «Con esto voy a hacer un canuto», mientras Yaki recalienta la hoja. Armo el peta entre rodaja y rodaja. Fumamos; entretanto, metemos las rajás en los condones.

—Tendrás que pasarlo con agua —digo sopesando dos bultitos en la palma de la mano.

Yaki no ha oído. Dejo el chocolate en la silla. Me siento en la cama. Abierta de piernas pruebo a meterme la bola entre las bragas, en la falsa vagina. De pie miro a ver cómo queda. «Espero que él diga algo...».

—Tengo la sensación de que se me va a salir.

Yaki atónito: ha tomado una de las bolitas y se la ha metido en la boca. No atiende a mi problema.

—Vete al baño. Toma agua, colega.

Yaki no responde a mi mirada: me doy la vuelta para encularme la otra bola. A mis espaldas cierran la puerta. Miro la silla: Yaki se ha llevado su parte.

Por detrás la bola entra bien, más despacio. Pienso en la historia de la última pareja de Yaki (la contó en un momento de euforia), en Semana Santa, cuando volvían a Madrid. Una gente les cogió (volvían haciendo dedo) y enseguida se acojonaron cuando sacaron la bola para invitarles a un mai. La tía tuvo que demostrarles lo fácil que era volver a ocultar la mierda en la vagina, con pantalones y todo. Demasiaoooo.

Voy a la puerta. Abro y encuentro el pasillo vacío. Cierro

con la intención de probar, caminando, cómo lo llevo.

«¡La bolsa de Yaki...!» El muy cabrón se ha abierto. Abro de nuevo y pillo a la patrona sacando unas sábanas al pasillo. Cierro sin ruido. La bola de la vagina pesa de mil demonios. Imagino que una puntita asoma entre los labios del coño. Camino para probar si vuelve a meterse o he de buscar una postura chachi para lo mismo. Pienso en el invento hindú de las bolitas: una mujer, el sari blanco, un ánfora en la cabeza, la mano en las caderas, se contonea, excesiva. Dentro de la vagina, las mágicas bolitas... Pero yo no me excito. Al contrario, ande como ande la bola de la vagina presiona para salir: no tengo fuerzas para retenerla.

«¡La pasma!»: un sobresalto total. La bola de la vagina que cae... No. Una decisión drástica: las dos bolas, por el recto.

Estoy histérica. No atino con la mano para, enfilar bien la hendidura. Me tiro en la cama: tampoco. Rodillas en tierra: doblado el espinazo paso el brazo por abajo, entre los muslos, los dedos sostienen la bola como a una copa, me falta empuje, el ano no cede... En pie intento calmarme. Se me ocurre la descabellada idea de sentarme en la silla: la bola en la hendidura. Voy a batir mi récord de penetración anal.

La ventana deja ver todo lo que hago desde el exterior. Las rodillas están heladas. De un salto me coloco en el rincón de la pared. Me doy cuenta de que me viene la paranoia: qué tontería... ¡la ventana!

Chupo la bola ansiosamente. La saliva la convierte en terriblemente resbaladiza. Cae al suelo. Nada importa... ¡Como sea!

Vuelvo al rincón. La respiración agitada. Chupo de nuevo. Mascullo palabras que no oigo: la bola sigue sin entrar. Ensalivo el dedo corazón y con él la raja. También la bola. ¡Fuerte! Repito con el dedo. Luego un gran dolor. ¿Por qué ahora sí y antes no?

Caminando, compruebo que el intento funciona, pero siento una gran incomodidad, ¡mierda! Dolor de vientre... No hay tiempo: recojo las cosas a mogollón (algo me dejaré) y atropello la cremallera de la bolsa... ¡El talego! «Está».

Bajo corriendo las escaleras de la pensión. En la calle está

lloviznando, el cielo encapotado. Al cruzar la calle, veo el Mar por la transversal. No puedo resistir la tentación: salgo corriendo. Corro deprisa, deprisa... todo el paseo marítimo... hasta el puerto.

El gran pasote

La espera en el puerto para el siguiente barco me tranquilizó: compré un par de botellas de whisky, tabaco, un mechero. Me cambié la falda por unos pantalones, para mayor seguridad de contención (el dolor de vientre era irresistible), aunque de inmediato dudé: el color naranja de los mismos daba mucho el cante. Allí estaba Yaki, también esperando al barco. No hubo ninguna escena: de buti.

En el barco, nos separamos. El dolor de vientre continúa. Lentamente el tinglado metálico del barco vence la atracción morbosa de la, ahora me lo parece, aberrante Ceuta. Es una ciudad colonial: colores neutros, marrones, en toda su gama. El cielo cubierto contribuye a entristecer el panorama. Los vientos del Estrecho están calmados. En la proa, procuro que me refresque la brisa que produce la marcha del buque. Desde la barandilla veo la espuma que forma el agua al romper en el casco. Ahí me quedo, colgada...

El Mar está completamente azul. Los rayos del Sol se proyectan en la superficie y se reflejan en haces plateados, acordes con el balanceo de la proa. En el horizonte cercano, comienza a verse tierra y el final de las nubes. En la Peni tiene que lucir un Sol radiante. Un moro o persona morena de pelo rizado golpea mi bolsa interrumpiendo mi contemplación (empieza a vislumbrarse el Peñón). Me retiro de la pasarela. Yaki está apoyado de codos en la borda contraria. La mochila colgada a los hombros, como si hubiera salido de pesca.

—Perdona...

Un par de chicas pasan delante y se ponen a mi lado para ver el paisaje. Yaki desaparece en el interior del barco.

«¡Son las tías que estaban en el bar!». Recuerdo las gafas de John... La otra es una rubita con el pelo muy rizado, también lleva un poncho, una manta a cuadros verdes y negros, aunque estemos en pleno verano. Debería estar la

rubia macizota para completar mi memoria. Enciendo un cigarrillo de espaldas al Mar.

Por la pasarela cubierta de estribor viene un par de chicas. La rubia maciza es una de ellas. Sigue con su cola de caballo intacta. Al pasar, rozan la puntera de mis zapatillas de gamuza azul, hacia donde miro y las veo, aún, nuevas. Cuando levanto la vista, las dos chicas suben las escalerillas de la cubierta superior. Las sigo con la mirada, sorprendida: no han parado junto a sus compañeras, ignorándose mutuamente. Es un mosqueo, un montaje.

El Peñón está ahí, completo, inmenso, ocultando su grandeza la ciudad que, creo, existe en su base, ¿o está del otro lado? El barco ladea el Peñón, separándose cuando iba en su dirección. Las nubes se han vuelto blancas (cambiando del gris mate de Ceuta). Más allá está el cielo azul luminoso. La chica de las gafas me mira fijamente. Disimulo, al loro de las chimeneas de una refinería junto al Peñón. El barco disminuye la velocidad. Como yo, otros recogen sus bolsas.

—Hola —me saluda la batija de pelo muy rizado.

Antes, han estado cuchicheando entre ellas. Yo, con cierto mosqueo.

—Hola —respondo.

La rubita tiene la tez muy morena, tostada por el sol. Su amiga se acerca: entre las dos.

—Hola —digo.

—Qué tal —me responde.

—Nos vimos en casa del moro... —insinúo.

—Sí —contesta alegre y coge una bolsa de mimbre llena hasta los topes.

La rubita lleva unos cascos colgados del cuello. Sonríe, los dientes amarillos, perfectamente alineados. Una música tenue, indescifrable, llega de los cascos. Ella parece entender mi atenta mirada: quita la clavija, y la música sale del aparato para las tres. Es Stevie Wonder... Como su apellido indica: maravilloso.

—¿Lo has comprado en Ceuta? —digo por el aparato.

—Ajá. Y ésta era la única cinta guapa que encontré.

—Me encanta, ¿sabes?

—Ja, ja, ja, sí.

—...

—Yo estuve a punto de comprar uno —miento—. Pero pensé en la aduana...

—Bah...

Su coleguilla la mira. La rubita cede: se quita los cascos, que mete al fondo del capazo. Saca el cassette y lo mete en el vientre, apretado con el pantalón. Alrededor del barco, barquitas atracadas a boyas. La velocidad, al mínimo; la proa despejada de personal salvo nosotras. Un ligero choque sacude el barco. Vamos hacia la pasarela.

—Oye... ¿cómo os llamáis?

—Olga, Miren.

—¿Eres de Euzkadi?

—Sí. Ji, ji, ji.

—Yo me llamo Rosa.

Olga es la rubita; Miren, la de las gafas. Llegamos de las últimas a la cola formada para bajar al muelle. En la aduana, mantenemos la posición de cola. Busco a Yaki. La rubia grandota está pasando el control: los picoletos miran por encima su carnet, preguntan... pasa la aduana. Dolor de vientre: nuevo el trasero, pero me siento igual de incómoda. Estoy por contar mis sospechas a Miren y Olga: ¿por qué no hablan con sus otras dos amigas? Es un corte, porque me parece obvio... A Yaki le piden el carnet: tiene que ir al lateral de la sala, junto a una pareja, donde hay ya un colega. Los picoletos ni siquiera han revisado su pequeña bolsa. Vuelvo la cabeza, es un acto reflejo: sólo hay un joven matrimonio con tres maletas. Resulta que estoy tranquila y nerviosa. La presión del vientre, la cola avanza rápida, Miren y Olga cerca del guardia civil. Voy nerviosa porque se fijan total en la pinta. Tranquila, porque de ahí... no me lo van a sacar.

En el último instante, me estoy comiendo el coco: fingiendo no conocer a las colegas anteriores. En su parte, es verdad, pero vamos demasiado juntas. Siento en mis espaldas la mirada de Yaki. Tres picoletos coinciden a la vez en husmearnos, a las tres.

—¿Vienen juntas? —pregunta uno de bigote caído por ambas comisuras.

—¡¡¡No!!! —respondemos a la vez.

Dos guardias se miran entre sí. Uno de ellos registraba el capazo de Olga. Tiene los cascos estéreo en la mano. ¡Me estoy cagando! Otra pareja viene del fondo, con un pastor alemán inmenso, por este lado del mostrador. El perro, tirando de los guardias, pasa cerca. El del bigote se afana con mi escasa ropa.

—Pase por aquí —señala con el brazo extendido.

—¿Quién? ¿Yo?

—Sí.

—Pero ¿por qué?

—¡Venga!, he dicho. Ustedes también —señala a Miren y Olga.

—¡Oiga!, nosotras no hemos hecho nada —se les ocurre decir.

—¡Venga!

—¿...?

Levanta un trozo de mostrador. La pareja del pastor alemán está quieta, contemplando, risueña la escena.

—Por aquí.

—Pero, hombre...

El menda repite la orden con un gesto que finge suma energía. ¡Vaya! Tengo que callarme, puedo decir muchas tonterías. ¡La hemos cagado! El bigotes nos escolta. Nos detienen a las tres, es un consuelo. El bigotes se adelanta para tomar el pomo de una puerta. No es un consuelo, se han mosqueado por mi culpa, y ellas ya iban a pasar. El bigotes nos mete prisa para que entremos en un cuarto semioscuro. Yaki se estará descojonando...

Entro la primera. La puerta se cierra, quedamos a solas en una reducida habitación diáfana, apenas iluminada por una chica y alta ventana enrejada que también tiene, por dentro, una malla metálica. Debajo de la ventana, el único mueble: un banco de madera listada. Nos quedamos de pie, en silencio. Aprovecho la quietud para ajustarme el pantalón al coño, que suban las bolas y se contengan, pese al constante

dolor. Olga y Miren miran... Los ojos de Miren, sonrientes.

El tiempo pesa; la tardanza es dura; alguna maniobra...

—Tienen que traer a una civil, ¿no?

—Más o menos —dice muy tranquila Olga (de la que tengo la impresión que es puro nervio).

Ahora me explico la espera. Me calmo un tanto.

—No deben tenerla a mano...

Entra uno de los guardias: un galón rojo salta a la vista en su manga. ¡Que bien!, el comandante del puesto.

—¿Me dan sus documentos de identidad? —dice en un tono excesivamente oficial.

Entra el bigotes. «Toma», y el bigotes inicia el camino de vuelta con los carnets en la mano.

—Oiga, ¿qué van a hacer con ellos...? —salta Olga.

—... —el cabo indica al bigotes que salga.

—Oiga... —quiero decir yo.

—Asi... que no os conocéis —masculla el cabo.

—No, ¿por qué?

—¡Hombre! Eso tenéis que explicármelo.

—Hemos coincidido en el barco —digo en tono sincero, pero pienso que es inútil. Que hable él—. No, no nos conocemos, ¿por qué? —se repite la historia.

—¿Coincidieron las tres en el barco...?, ¿por separado?

—Sí.

—Pues no lo parece.

Nos encogemos de hombros. Al menos pensamos en ello.

—¿Queréis hacerme creer que habéis estado en Marruecos y no traéis haschís? ¡Dadme los pasaportes! —estira la mano.

—Yo no tengo —distrigo al guardia, mientras las otras buscan en el bolso.

—Dame la bolsa y lo veremos.

—Ya lo ha mirao, ¿no?

Su manaza me retira y pasa al banco donde reposa el equipaje. Olga y Miren se retiran tranquilas, sin haber sacado los papeles. El cabo vuelca el ligero contenido de mi bolsa en el banco.

—¡Ponte en la pared! —dice sin dejar de buscar.

—¡Date la vuelta! ¡Las manos arriba!

—¡Oiga! ¡No la puede tocar! —salta en mi defensa Olga.

—¿Cómo?

—Tú no tienes por qué tocarme —digo volviéndome.

Silencio. Miren y Olga se mueven imperceptiblemente. Yo dejo que mire mi cara altanera, mi vista puesta en la pared de al lado, medio distraída y temerosa.

—Está bien, mujer, no te acojones...

—Vosotras, haceros a un lado. Y, tú, vacíate los bolsillos en el banco.

Escarbando con los dedos en mis pertenencias:

—No tienes un libro...

—No fumo.

—¿Qué?

—No aparece —dice otro guardia desde la puerta entreabierta.

El cabo nos da la espalda: «Vale... cierra», contesta acompañando la frase con ademán que pudiera ser significativo. Nosotras nos miramos medio satisfechas. El poncho de Olga contrasta con el bochorno de la siniestra habitación, pero disimula la cassette. «La que no aparece es la...», pongo cara de interrogación hacia las chicas, todo en una décima de segundo.

—¿Qué día dices que has hecho la travesía?

—¿Adonde?

—¡A Ceuta!

—Hace una semana, ¿por qué?

—Preguntas mucho, me parece.

...

—¿Esto... es tuyo?, —señalando el capazo.

Me encojo de hombros.

—Es nu... mío —murmura Miren.

El cabo mira a Olga, luego a Miren, mientras hurga en el capazo. Yo siento la pared en mi espalda, muy cerca, y un gran descanso cuando me apoyo en ella. Han desaparecido las molestias de vientre. Miren también descansa contra el muro, mirando al infinito. Olga sigue manteniendo el tipo.

La puerta de la habitación se abre de nuevo. «Ahí está la...»: entra la pareja que circulaba en la aduana detrás de un

pastor alemán; el perro entra con ellos y, una vez en la habitación, parece lanzarse hacia el rincón donde estamos nosotras. El pobre animal cree que estamos detenidas (lo estamos) y, fiel por naturaleza, quiere contentar a su amo, dando muestra de su atención en la búsqueda de presuntos delinquentes...

—¿Y ésos? —el cabo.

—Nada. Lo de siempre, —la pareja.

La pareja avanza unos pasos. La puerta permanece abierta. Nos podemos ver las caras claramente. El cabo deja el registro del bolso y levanta el cabezón para mirarnos atentamente, de forma indistinta a las tres.

—¡González! —dice uno de la pareja—. ¿Has visto cómo se ha ido el perro a ellas, eeeh?

—...

—Quietooo... —dice después al perro.

A continuación, el perro da un fuerte ladrido y gruñe. El guardia pronuncia el «quieto» por segunda vez. Tengo la impresión de que la palabra lo azuza más que lo calma. El perro puede con el guardia, tira con fuerza, apenas unos pasos más dentro de la habitación, que me parecen una distancia kilométrica. No es que les tenga pánico a estos bichos, pero si no los conozco...

—¡Recojan sus cosas! —corta el cabo la escena.

—¡Otra vez en blanco! —comentan los de la pareja.

—Veremos qué hay en la oficina. ¡Síganme!

—Un momento... —dice Olga por mí, pues no he tenido tiempo de meter en la bolsa las bragas, la falda, las camisetas...

—Hoy es su día de suerte —distingo la voz del guardián del perro.

—Guau, guau —responde el perro al amo y a mi postura: inclinada sobre el banco, el trasero saliente.

—Tranquilo, bobi...

Yo me entretengo en doblar la ropa para guardarla bien. Cuando acabo y me vuelvo parsimoniosa, la pareja se ha esfumado: chachi. El cabo se ajusta la gorra de plato al coco:

—¿Adónde vais ahora?

—¿...? —las tres a la vez.

—Tú —me señala con el dedo.

—¿Yo? —mueve la cabeza que sí—. A Cádiz... he quedado con una amiga —estoy dispuesta a pasarme contándole una larga historia.

—¿Y tú?

—A San Roque —respuesta seca.

—... —hace un gesto con las cejas a Miren.

—Me quedo en Algeciras.

—¿Ah, sí? ¿Y qué más?

—Después de aquí... pues no lo sé.

El cabo espera a que Olga o yo profundicemos el rollo...

—Todas venís juntas de Ceuta, pero vais con rumbos diferentes. No os conocíais antes... y habéis coincidido en el barco. Sí, hoy es vuestro día de suerte.

—Cientos de cuentos como el vuestro oigo todos los días. Pero no os lo creáis: si volvéis a intentarlo, no será igual —dice mientras se dirige a la puerta, donde nos espera.

Vuelven las ganas de cagar, como si sintiera un gran alivio, aunque el dolor de vientre es flojo. Me resisto a comerme el coco con su moraleja. Menos cuando todavía vamos detrás de él («acompañenme», dijo en la puerta).

La sala de la aduana está otra vez llena. Pocos son los que miran, casi todos son unos desentendidos, así, como suena.

—Esperen aquí.

El cabo entra en una oficina de cristalerías, donde hay un piqueo escribiendo a máquina. La pareja del perro ya está custodiando a un colega rubio que habrá venido en este viaje: ¿el siguiente? Entonces, todo ha sido muy rápido... Ofrezco un cigarrillo que me rechazan. Yo también esperaré a fumarlo en libertad. Guardo la cajetilla: el cabo discute con el oficinista, los tres carnets, supongo, en la mano. Nos miramos entre nosotras, sin tiempo a preguntarnos nada, pues el cabo da media vuelta...

—Toma nota de todos modos —dice abriendo la puerta.

—Está bien —mira los papeles—. Por esta vez, vale, se salvan... pero, como vuelvan por aquí, ya pueden buscar una buena explicación.

Entrega el carnet a Miren (mirando la foto), a Olga y a mí. Cuando lo tomo, retiene el carnet y me mira con un aire burlón. «Serafín Andrés Pérez», musita. Deseo contestarle, pero intuyo que no es el momento de hacer un escándalo.

—¡Lárguense! De momento —puntualiza.

Nos mezclamos con la gente que acaba de desembarcar. La luz me ciega. El Sol pega de lo lindo. Pronto me siento llena de sudor, cuando aún no hemos traspasado la verja del parquin del puerto. Las otras vienen detrás. Es que he salido disparada, muy dolida por responder a su: «Es suyo» (con mucho retintín), sólo con un frío: «sí».

—Has cogido carrerilla, cuca —me dice Olga al alcanzarme.

—Estoy muy mosqueada, colega. Nos han vacilado por nada —quiero distraer la atención del momento de la devolución de los papeles—. El rollo del perro, de querer tocarte por la geta, de tomar nota del carnet: ¡estamos indefensas!

—¡Es un pasóte!

—Yo creo que por ser mujer, no hay por qué tener inmunidad —apostilla Miren.

—¡Para algo tienen que servir los encantos, titi! —protesto.

—Pasar de eso, tías —dice Olga.

—Ha sido un palo, ¿no?

La cola de coches marrocos sigue igual. Desde la entrada del puerto, las tres filas. Un grupo de moracos nos cierra el paso en la última fila; se abren cuando ven que nos acercamos. Pasando entre ellos, las miradas se materializan. Cuando hemos pasado, las sentimos fijas en los traseros. Voy la última y me contoneo un poco, feliz por lo que ha pasado, y ligera de peso por haberlo superado. Miro el culo de Miren y compruebo que también es poderoso. No sé cómo Olga soporta el poncho.

La terraza, enfrente del puerto, está repleta de moros, hombres solos, y abundan las mesas donde no hay puesto ningún servicio. Al fondo, a la izquierda, queda una libre, con dos sillas. Me toca pedir la que falta a unos soldados sentados

cerca. Son muy amables.

—Hay que ver lo que unen estas cosas —digo—. Parece que nos conocemos de toda la vida. La presencia del camarero me plantea el dilema de tomar algo o no. Cerveza. Tengo la garganta seca de la ira contenida. Olga por fin se saca el poncho. El cuerpo es proporcional a la estatura: muy recogido, el pecho como dos limones, los hombros rectos (Stevie Wonder suena, sobresaliendo de su cintura el aparato). La cara de Olga es también recta, pero con la suavidad que hace a un rostro clásico hermoso. El color verde intenso de sus ojos se oscurece con la fuerte claridad del día. Es un redescubrimiento total.

—No se habrán abierto, tú —dice Olga contenta por mi detenida mirada.

—No —contesta Miren—. Estarán cerca. No ha sido tanto el tiempo que...

¡Yaki! Casi me atraganto con la cerveza. El tío está en la puerta del bar hablando con... un camello. Tal es la pinta del otro colega. Allá voy: «Esperarme un momento ¿eh?».

—¿Qué pasa, tío?

—Nada —el otro me mira jodido por la intromisión.

—¿Qué haces? ¿Sabes que...?

—Sí, ya lo he visto.

—A... ti también, ¿no?

—Bueno, tío —dice el otro.

—Espera un momento, colega.

—¿Qué vas a hacer ahora? —pregunto desanimada.

—Nada. Volver a Madrid, ¿te parece?

—¡...!

Yaki mira al camello suplicando paciencia.

—Vale, colega. Adiós...

Vuelvo con las chicas: la historia con los picoletos nos ha unido cantidad. Ha sido un flash total. El rollo con Yaki, al final, un muermo. Miren y Olga están con las otras dos mujeres. La treta ha resultado como yo imaginaba. Cuando llego a su mesa, están hablando de coger un autobús que sale de inmediato.

—¿Os vais?

—Sí. ¿Tú vas a algún sitio en concreto? —me pregunta Miren.

—No especialmente. Me da igual. A Madrid —cuestiono más que afirmo.

—Vente, pues. Es la invitación de Miren.

—¿Eres de Madrid? —me pregunta la rubia maciza.

—Sí.

—¡Como Olga! —a la que miro.

No hay tiempo para más. Cogemos el bus por los pelos. El conductor se muestra complacido con tanta tía: espera unos segundos. «¿Adónde vamos?», pregunto cuando nos hemos sentado en los cinco asientos traseros. «A Tarifa», dice Olga a mi lado. Miren me mira chispeante. El paisaje no me inquieta: lo tengo visto hace poco. Nos enrollamos a hablar.

Olga está de vacaciones, largas vacaciones de verano. Se ha venido sola a una playa nudista, primera parada prevista en su itinerario costero, donde conoció a un gay de Sevilla, muy divertido, que además vivía en el chalet de sus padres, rodeado de pinos y tal, aunque estaban todo el tiempo en la playa, circunstancia que les empujaba a dormir en la arena, pues la diversión les desorientaba de las mareas. Cuando querían regresar al sobre, el camino estaba cerrado por la pleamar y allí se quedaban: en la tienda o cabaña de una gente superenrollada.

Las chicas, las vascas, llegaron a la playa, de paso, con una panda de melenudos. Al día siguiente, Olga era una de ellas, planeando el pase al moro para trapichear con la mandanga (estamos en la misma movida). El colega gay está viviendo un apasionado noviazgo con uno de los habituales de la playa. El relajo que tengo en la cola del autobús me devuelve las ganas de cagar. Pienso que las nalgas se me abren en la posición que llevo. Cambio, ladeándome. Al tiempo, empiezo con mi rollo, que he decidido sea sincero, reduciendo los detalles morbosos, sobre todo el mal rollo con Yaki. Mis rodillas dan con las piernas de Olga. Miren sigue atenta a mi historia, pegada al cuerpo de la rubita. Una leve corriente eléctrica se establece entre las tres. Arantxa y Chus, las dos restantes, ríen sonoramente. Cuando enciendo un

pitillo, recuerdo el chocolate que llevo dentro y lo bien que nos vendrían ahora unos mais, a las cinco.

Las noches, continúa Olga tras la pausa obligada del fin de mi rollo (Miren se ha quedado con ganas de preguntar algo), son lo mejor de la vida en la playa, cuando se forma la juerga junto al mar, rompiendo la noche con hogueras Miren se vuelve para hablar con las otras. Chus me mira. La fiesta, en la playa, termina con el amanecer. La breve separación de Miren corticircuita la conexión entre las tres. De nuevo me acomodo formalmente en el asiento, mirando por la ventanilla: el autobús enfila una prolongada cuesta abajo que termina en el cruce de Tarifa. Cuando me levanto para salir, presiento que se me salen las bolas... Es una falsa alarma, y ando por el pasillo del autocar todavía con temor.

—Vamos al bar... —Chus dice un nombre del que no me cosco.

El autobús se pira raudo. El conductor ha pasado de cobrarnos el viaje. Es el momento de cruzar a pie la nacional.

—Casi todos los años hacemos esta movida —me dice Miren cogiéndome por los hombros, al otro lado de la carretera ya, y retrasándonos de las otras—. Has estado fabulosa con lo del carnet.

—El rollo putamadre fue el vuestro: ¡pasando de darles el pasaporte!

Cruzamos el umbral de un bar hortera y vamos a la barra igual de juntas. Sé que la gusto.

—Los picos cambiaron de idea cuando vieron que veníamos de Ceuta.

—El rollo de ir juntas... —insinuó.

—Pasaban.

—Nos lo hacemos aquí mismo —propone Chus.

—Sí, que el tigre está limpísimo —añade Olga.

—El de la barra es un pringao, tías —dice Arantxa.

—¿Pues?... —pregunta Miren.

—Vamos. No pasa nada.

—Vente —me dice Miren.

Entramos en unos lavabos nuevecitos, Miren, Chus y yo.

—¡Vaya movida! —dice Chus—. Es la primera vez, ¿no?

—Sí —tímidamente, porque asocio la situación a aquella en que una jovencita pierde la virginidad en una historia de amor.

Entra una señora, algo emperifollada. Por suerte aún no estamos dentro. Pasa detrás de nosotras y por el espejo vemos cómo nos mira. La puerta del váter se cierra con cerrojo. Abrimos el grifo del lavabo. Chus sigue cepillando su sedoso pelo. Yo hago cola para el váter apoyada en la pared. Cuando sale la señora, tengo que retirar los pies para que no me pise.

—¡Ya está! —dice Chus.

—Entramos las tres, ¿vale?

No sé cómo hemos cabido. Después de cerrar, queda más espacio. Las tres rodeamos la taza del váter, acosándola.

—Bueno, ¿quién empieza?

—Tú misma —contesta Miren a María Jesús.

—Yo tengo unas ganas terribles.

—Déjalo, chata. Así ves cómo nos lo montamos.

—Pero, es que...

—Es que el cuerpo te engaña...

—Ya verás —termina la frase Chus.

Se baja los pantalones y adopta una postura grotesca: las manos apoyadas en las paredes laterales de la taza, como si quisiera vomitar, movida que me sorprende. Miren se coloca detrás de ella; hay un gran roce de cuerpos en la estrechez del lugar. Chus arquea las piernas obscenamente. La chaqueta blanca, superligera, cuelga de los sobacos como para un cacheo. Miren coge del bolsillo de la chaqueta un micralax: quita la capuchita del largo cuello del tubito y apunta a la raja de Chus. Estoy hipnotizada con las maniobras.

«Los váteres se están convirtiendo en el refugio de mi clandestinidad».

—¡Ahí va, Chus!, dice Miren apretando el micralax.

—Espera... Yo te aviso —Chus se ha vuelto rápidamente y se ha sentado.

Miren se coloca a su lado, entre la taza y la pared, en cucullas: una posición muy ajustada. Yo me apoyo en la puerta, convencida de mis incontenibles ganas de cagar.

—¡Espera un poco!

Miren ha querido meter la mano entre la taza y el trasero de Chus.

—Ahora —Chus se levanta un poco de la taza, baja la cabeza y se mira entre las piernas.

Me da el flash: veo que viene con la coronilla hacia mí. Mis manos palpan su cabeza a modo de control. La tía levanta la cara y me sonríe: veo su pequeña dentadura y el cristalino pardo de sus ojos.

—Ya viene...

—Lo tengo —dice Miren alegre.

Mis ganas resultan un chasco: varias veces me levanto creyendo que salen las bolas. Las tres escuchamos una pedorreta. Chus limpiando su bola (un tamaño auténtico para doscientos cincuenta gramos) con papel higiénico. Miren en su sitio. Chus huele la bola y nos mira. Estoy pensando que se me han pasado las ganas de cagar. Chus se guarda la bola en el bolsillo.

—Date la vuelta —me pide Chus.

—Ponte como estaba ella —aconseja Miren.

—Legal, oye: eran auténticas las ganas que tenía...

Un frescor inusitado inunda mi cavidad anal. Pienso en las colegas de Yaki que pasan el costo en la vagina y lo fácil que es sacarlo.

— Hostias!

Sin tiempo a sentarme en la taza, me tiro pedos líquidos. Miren se levanta asustada. La pedorreta se prolonga por segundos. Ahora siento las contracciones del recto, las bolas empujando en la hendidura.

—Mira a ver —pido a Miren, que sigue de pie.

—Nada.

Los pedos cesan. Miren coge papel y me limpia el líquido amarillo de mis nalgas. El borde de la taza también. Las bolas chocan dentro, como si lucharan entre sí por salir primero.

— Que pas te! —exclama Chus.

—Uffff.

—No te mueves, Rosa.

La llamada de atención y el esfuerzo (está saliendo una bola) cortan una carcajada que iba a soltar: en un instante, he

visto, en el interior del culo, un conglomerado de mierda donde pugnaban las dos bolas.

¡Prrpppf!

—¡Hostia, qué pringue! —dicen en el momento de salir la bola.

—¡Esperar, coño!

El grito me sale espontáneo. Miren se ha puesto en pie de un salto, Chus ha tropezado con mi cabeza al acercarse. Un verdadero barullo... y yo sintiendo la salida de la otra bola.

—¡Tranqui! —dice Chus.

No se han coscado (natural) de la movida. Paso mi mano entre los muslos: al vuelo cojo la bola que ya caía al váter.

—¡¡Qué gran pasote, Rosita!! —enseño en mi mano la otra bola salida del mismo agujero.

Me siento en la taza para terminar de cagar.

—Ja, ja, ja, ja, ja —ríe todo el mundo.

Cojo el último trozo de papel higiénico pegado al canuto de cartón.

—¡Quéé de-ma-sia-oooo!

Las tías se tronchan. María Jesús coge a Miren por el hombro izquierdo y se lo hunde. Los dientes le brillan blancos de gozo. Las lágrimas se le saltan. Reprimen las carcajadas, se sujetan las tripas. Me limpio el...

—Toc, toc —golpean la puerta despacio.

—¡Tías! ¡Qué jari! ¡Vaya cante!

—...

—¿Qué pasa? —la voz de Olga suena detrás de la puerta.

Termino de limpiarme. Me subo los pantalones. María Jesús tiene los dos huevos en las manos. Me los pasa. Abre la puerta.

—Daros prisa —nos pide. Sale.

—¿Tú también tienes? —pregunto.

Las dos bolas huelen que apestan, pero no me disgusta. Las manos pringadas total. Me hago un lío para abrir la puerta.

—Espérame, ¿no?

—Sí, preciosa.

Miren abre la bragueta del pantalón vaquero y lo baja

junto con las bragas. Una pelambre negra fija mi vista. Los muslos blancos de leche. La mano de Miren entra por ahí, cortando el espectáculo.

—No tenía que sacarlo, ¿verdad?, pero...

Suavemente me muestra el pirulí. Quita su pañuelo del cuello y los dos huevos pringosos de mis manos. Las tres bolas envueltas en los colorines... se caen al suelo.

—Choc —nuestras cabezas suenan.

Volvemos a erguirnos y réimos del común impulso de recuperar el valioso paquete. Miren me da un achuchón: un beso muy fuerte en la mejilla; en los labios. Yo nunca me hubiera atrevido. El beso continúa superdeslenguado. Los pantalones sueltos de Miren caen. Siento sus carnes calientes al través de la fina tela de mis pantalones naranjas; vencido el equilibrio, mi espalda contra la pared... La clandestinidad del váter se ha convertido en mi refugio, pienso.

Últimas horas

La conversación da vueltas al mismo tema: la movida pasada. Durante la comida, en el paseo posterior, la visita al puerto y las calles cerradas de Tarifa, tomando finos y porros de la bola de Chus. Miren a mi lado, muy cariñosa; yo buscando también a Chus y su fuerte contacto a medias conseguido. Stevie Wonder (*Superslition*) y Olga bailando por las calles: la tía tiene un gran *speed* en el cuerpo. La ciudad solitaria en las primeras horas de la tarde; el viento soplando fuerte y cambiante. Arantxa canta en euskera, Miren y Chus hacen un coro bajito. La Torre de Guzmán el Bueno. La bandera española ondea por allí, y los soldados patrullan con la metralleta al hombro ante una puerta y alrededores. Las paredes emposteradas, el rock trianero, la difusa luz, el precio del vino amontillado nos echan de un pub. Salimos de nuevo a la calle. «*You are the sunshine of my life*», baila Olga ante nosotras. Llegamos a una plaza elevada de la calzada. Está discretamente ajardinada con setos bajos, flores dispersas y palmeras. Las sendas son losas grandes de piedra y terminan en la muralla, construida sobre un pequeño acantilado, donde va a terminar un Mar apacible. El cielo se ha despejado en el Estrecho. Las nubes se adivinan en el continente africano. El Sol ha iniciado el descenso yendo en busca del horizonte marino. La Luna, desde el lado contrario del firmamento, asoma una punta en los montes cercanos, en la ladera que cae al Mar. Su luz es tenue: comida por la intensidad del Sol que la confunde en el pálido azul del cielo. Nos sentamos, todas, en un banco. Suena inacabable la movida del chocolate. Paradójico cuando, en la puerta del pub, un chaval jovencito ha querido vendernos «Shoco, veneno, ¿queréis?». Circula el séptimo porro. ¡El colocón que tengo!, multiplicado por el encuentro con las tías. Y lo pasado, pasado. La euforia etílica pasa por un ligero bache.

—¿En serio te enculaste las dos bolas? —me pregunta

Arantxa.

—Sí... bueno..., me fundí todos los ahorros. ¡Joder! Los moros eran terribles y yo...

—¿No se te ocurrió pasar una en la vagina? —insiste. La imaginación quieta: nada que responder. Estoy mirando a Chus, sus ojos enrojecidos.

—Yo, es que soy virgen —dice ésta—. Por eso me enculo el chocolate. Nunca me la han metido...

—¡Venga, tía! —salta Miren.

Las chicas se pican con la historia virginal. No hay nadie en el mundo con el virgo intacto... aunque sea con el dedito. ¡Es un cuento!

—¡Qué fuerte! —digo entre medias.

Unos marinos, el uniforme azul, se están asomando a la muralla, pero nos miran más a nosotras. Estamos pensando en la tardanza de Carmen. Así me entero que fueron desde aquí a Tánger y pensaban hacer el mismo camino de vuelta. El mogollón en el banco es total, las cinco muy juntas. Miren en el borde, apretujada por el brazo de hierro, a mi lado. Mi mano rodea su hombro acercándola a mí, para procurar que no se le marque el hierro en el costado y disfrutando del agradable roce. A mi lado está Arantxa, que pasa otro peta, María Jesús y Olga.

—No hay peligro —me dice tierna Miren.

Agradezco su respuesta a mi gesto con una delicada sonrisa, también aprieto mi mano en la redondez del hombro.

Los marines siguen ahí. Arantxa comenta su presencia mirona. Dejando de mirarnos, encienden un pitillo. Pienso en la virginidad de Chus, recordando el tema de una película: guardar la preciada prenda para un supuesto príncipe: inmaculada.

—¿En qué piensas? —se interesa Miren.

—¿Tenéis fuego? —se interfiere los marines.

Uno de ellos se ha acercado sigilosamente, «para mí». Se ha situado en este extremo del banco y agacha la cabeza, el pitillo en los labios, cuando Miren y yo todavía buscamos un mechero. Chus le pasa la pava encendida del último peta.

—¡Ten cuidao, no se te caiga la punta!

—Sí, sí —algo atónito.

—...

—¿Estáis de vacaciones? —dice a medio tono cuando ya tira su cigarro.

—...

—¿Mirando el panorama? —insiste suavemente.

—Te vas a atragantar con tantas preguntas —dice Miren irónicamente.

—¡Qué estás fumando! —añado.

El corte es efectivo: el marinero se retira a la fuerza encogiendo los hombros y una mueca de hastío. Nos ha pillado en mal momento, aún estamos en la bajada del pedo.

—Te has pasado —dice Chus, tumbada encima de Arantxa y con los codos en mis piernas, para dirigir la palabra a Miren —. Eres un coco: un coco malo que asusta a los niños. ¡Pobrecitos soldados!: están solos...

—Mira... Corta.

—Sí,
sí-sí

.

—¡Pero si tú no...!

María Jesús hace un gesto brusco que yo intercepto: su mano iba a la cara de Miren, directamente. La tía tiene mucha fuerza y a punto está de volcar, de no ser por mí y por Arantxa que conseguimos sujetarla por las caderas. Miren tiene encendidas las mejillas, todo un número de color bajo las gafas transparentes. María Jesús sigue tumbada encima de mis muslos, las tetas en el hueco que me separa de Miren. Trato de izarla, pero ella vuelve la cabeza hacia fuera del banco (Olga se levanta felinamente —estaba con los cascos puestos y no se ha coscado de la agarrada verbal—. La cassette, liberada por el tirón la clavija, suena muy bajo y lento: «Ta-ra-ra-ra-aaa-mmm-e Superguooo-man»), Chus levanta la cabeza hacia los marinos: se están yendo con los cigarros encendidos. Uno de ellos se vuelve. Mientras miro a los marines, Chus baja la cabeza para pegar un bocado en la rodilla izquierda de Miren (es lo primero que capto), que se resiente sin decir nada. Las demás reímos (aliviadas por el

paso de la tensión). Miren también tiene ganas, aunque se muestra cortada, que algo le habrá dolido el mordisco. Esta vez no tenemos fuerzas para evitar la caída, pero ella se levanta como un rayo, tropieza con Olga, que se agachaba, y la derriba. Caen las dos. Todas saltamos del banco.

—Lo siento, Chus —dice Miren.

Entre ella y yo la ayudamos a levantarse. En la cara de Chus no hay señales de cabreo: sus ojos pardos aparecen claros; sus manos sacuden el trasero de polvo tranquilamente, igual que Olga. ¡Ey, mirad! Ahí está Carmen, dice ésta antes de que Chus empiece a decir lo que piensa.

Aunque la estoy viendo de lejos, Carmen es una morena de pelo largo y rizado, recogido con una cinta blanca encima de la frente: nos saluda moviendo una mano asomada por la capota descubierta de una Diane.

—¡Qué guapa eres! —saluda Arantxa a Carmen. Se abrazan.

—¿Cómo estáis? —a mí también me da un beso—. ¿Cómo ha ido la movida? —cuando acaban las presentaciones.

—Chachi, piruli.

—¡Como siempre! —explica Miren—. «Cuánto tienes, cuánto tienes», no paran de decir los cabritos...

—Una ful —sigue Arantxa—. Nos falló la gente de Tánger. Venimos de Ceuta: hay mucho descontrol. Por eso hemos tardado un día más ¿te imaginas, no? Y los moros, unos rácanos a tope.

—Todo, porque éramos pibas...

La colocación en el coche es complicada. Atrás iremos cuatro, el asiento tiene una barra en medio y alguna se la va a incrustar en la rabadilla. Chus se sienta delante, que va a armar los porros. Carmen conducirá. Inocentemente he dejado paso a las otras y me toca ir encima de ellas: los pies donde Olga, el culo en las rodillas de Miren (clavándoseme), la espalda contra la otra puerta (a Arantxa la pillo de refilón) y el cuello en el cristal de la ventanilla.

Carmen tiene la paranoia: estamos aparcadas frente a una residencia militar (yo no veo que tenga vigilancia). Quiere bajarse del coche y cerrar la capota. Atrás decimos que no sea

tan puntillosa, que mejor arranque. Chus está liadísima: arrancando chinas del mazacote que se encoló. Luego reparte, a Olga y a mí, para que le ayudemos. La china aún caliente se deshace en mis dedos. «Es goma».

—Pon música —pide Miren.

—Un momento... voy a arrancar.

—¡Espera! ¡Que lo volarás todo! —decimos.

«Wo-o-o chochoni wo-o-o», Carmen ha apretado la tecla del radiocasette. Tengo que cambiar de posición: me duele la cadera por las rodillas de Miren, que algo las mueve al ritmo de la música: «Wo-o-o chochoni wuo-wuo-wuo»... Con pelucas y carburante las chochonis tiran pá lante.

El canuto queda un poco chungalí, pero se lo paso a Miren para que lo encienda. El encendido de éste coincide con los otros dos, todos en el mismo lado derecho del coche. Por la izquierda, Carmen y Arantxa controlan el cuartel. Olga y Miren intercambian canutos. Me llega a mí, reposando el codo en la ventanilla. Arriba, en el cielo, la Luna ha subido un cuarto de la esfera celeste, donde se dibuja redonda con luz propia. El Sol oculto por el coche, y las casas de la ciudad (entonces imagino los reflejos de la luz de la Luna en la superficie plana del Mar... y lo dejo a un lado convencida del poder aún intenso del atardecer). Paso un tercio de porro a Arantxa y recibo otro de Carmen. El coche arranca. Se apaga la música. La batería no marcha fuerte. El motor muge resbalando. El encendido tira y no puede. El ruido es continuo: Carmen mete la marcha atrás.

—Mátalo —dijo a Arantxa pasándole la pava.

El coche en marcha, tuerce en la primera esquina.

Estos son los mejores momentos de este último verano

Emporrada vida, de pie en el coche, agarrada a la barra medianera del techo, el aire despeja: fuerte choque en la cara, risas, bailamos en el coche: «Mercy mercy iiiii Uummmmercy, tuntumtuntum mercy baby, tun-tun tum mercy wo mercy». La canción desgrana muchas gracias. Piso los pies de Arantxa. El coche tambalea dubitativo, en plena curva. El sol enfrente, cayendo al mar... «*Hitch hike*» (jick jai) corean los Rollings a Mick: Recuerdos del 7 de julio. En la cuesta abajo el buga se embala, y el repecho lo desacelera total, tumbándonos contra el asiento: formando un remolino de cuerpos después del baile. Los oídos permanecen atentos: «datsoeustronmailo-vis-datsoeustronmailovissssss (*how strong my love is That's*)».

Esta vez nos quedamos sentadas. Yo encima de Miren, quien me abraza por la cintura. Chus se vuelve carcajeándose. Arantxa aprovecha y pide más marcha. Clac... clac. ¡Los Motel! ¡Hey! La voz de la cantante suena mediada la canción, con mucha fuerza, total. ¡Pasa la cinta!... zzzzzzzzzzzzzzplof. ¡Ahí! Carmen acierta: Pretenders: «Wouououoooo... wo maifamili... woman free... my lovely... my enemies... maifamili...».

Olga se levanta sola para seguir el contoneo, estamos enfilando una recta de a buten. El coche coge toda la velocidad que puede, el motor despotricado. El mar intensamente azul y brillante: la luz del Sol corre paralela a su superficie, sólo algunos rayos superan el acantilado. Olga pisa todos los pies que quiere (las jodidas zapatillas de gamuza azul). Pero no me importa: Miren y yo vamos morreando, apoyadas las orejas en el tope del asiento.

Vejer de la Frontera aparece de frente, detrás de la misma curva, dando la espalda al Sol, las paredes encaladas en sombra. El coche para en el cruce, luego cogemos una carretera secundaria. Hay prisa por pillar la marea baja y acceder a la playa nudista. Atrás queda el cartel indicador de la ciudad monumental. El camino se estrecha. Del Sol sólo son visibles sus rayos naranjas destellando tras unas dunas y entre los matorrales que bordean el camino. A la izquierda, continúa el pinar.

«A la caída de la tarde (vamos cantando), san josé de arimatea (Chus levantada pone todo su sentimiento) dejó la radio en el suelo (Jhondo) y se puso a bailar (el coche se bambolea lateralmente)... No tenía ningún callo (se me encoge el corazón en la siguiente curva) que lo avisara de tormenta (la tonadilla eriza la piel: recuerdos de hace cinco años) nunca supo distinguir la estrella polar (el coche patina) ... era sólo por ver... sólo por ver nuevos colores... en el Sol (la curva: un seat cruza en sentido contrario) bajaban por el monte turbas evangelizantes que habían hallado el camino de la salvación (el seat a tope de familia numerosa) san josé que era muy viejo (como la oreja de Miren) y se lo hacía de incógnito levantó la cara al cielo...».

Los meneos del coche me separan del sabroso lóbulo. Otra curva, y una pista de tierra que ahí empieza. Mirando hacia atrás: estamos levantando una polvareda de la hostia. Las ruedas chillan al torcer otra vez. Viene una recta maja para equilibrar el buga. Matorrales altos guardan el camino; en medio, una pareja de la guardia civil, dos motos cerrando en embudo, pero son motos de campo a través, con unos tacos en las ruedas bastante pronunciados.

O bien, si parece demasiado
hacer el amor sin que haya que cambiar la voz,
escribir sin muletas
caminar sin que haya que pedir permiso
hablar sin rayas...
O bien, si parece demasiaado...

Se acabó «Veneno». La velocidad disminuye al ritmo que aumenta el chirrido de los frenos. Los cuatro culos metidos en

el asiento a presión. En silencio. La euforia contenida: en absoluto nos dará el bajón por esta gente. Por si acaso, Olga se encoge (que es la más chica) con la ladina intención de pasar desapercibida: teóricamente sobramos una. El coche para totalmente. El guardia del control se acerca.

—¿Adónde van?

—A la playa.

—¿...?

—Para ver el atardecer —dice Chus animada.

—¿Están viviendo por aquí cerca?

—En Vejler —dice Carmen sacando los papeles del coche. Todas miramos un rostro joven concentrado por las correas negras que cuelgan del casco. El lee despacio los documentos.

—¿El coche es suyo?

—Sí —contesta Carmen señalando el carnet de conducir. La devolución de los papeles crea un poco de confusión delante: el costo está semioculto en la guantera, y Carmen baja el chisme sin pensar.

—Se está haciendo famosa la playa ésta, ¿eh? —dice el motorista dándonos paso.

La arrancada del coche evita que demos una respuesta fuera de lugar.

—Uffffff —suspiramos.

—Soy gafe —digo.

—¿Por qué? —me susurra Miren.

—¡Dos veces en un día es demasiaio!

Miro por la ventanilla y ahí está el faro de Trafalgar: auténtico.

—Al contrario —interviene Olga (estamos tan cerca que es imposible hablar íntimamente)—. La ful viene porque esta gente está superactiva. Lo guai es que hemos pasado.

—Sí, también.

De atrás miramos a Chus, para que ponga música: los Motel, de nuevo, suenan duros al oído. El coche se detiene al final de un camino de tierra. Delante, un pinar arenoso y, antes, un restaurante, aquí terminan los Caños de Meca. Carmen mira patrás cuando aparca. Ninguna se ha movido en el último tramo de camino, y ahora tengo las caderas

doloridas. Las piernas entumecidas cuando doy los primeros pasos.

Vamos en procesión, en la cima del acantilado, hundiendo los pies en la fina arena, nos colamos en una cañada, y a la playa. La marea está subiendo, algunas olas resultan espectaculares. La playa termina en un aluvión de piedras colosales, por donde las olas empiezan a romper. El sol refleja aún nuestras sombras en la humedad de las rocas; al nivel del mar no se ha puesto, sigue siendo una gran bola anaranjada, chillona.

Allí mismo nos desnudamos, para llegar en condiciones a la playa oculta. El camino es quebrado: sube y baja, poco pero seguido. Algunas piedras cortan. Los cangrejos huyen de nuestras pisadas cuando pasamos los escurridizos huecos entre moles. Los accidentes resultan deliciosos; mejor en las subidas, viendo desde abajo los papos. Ahora el de Chus: rubito y transparente; Miren: negro, espeso, pero de labios salientes; Olga, una maraña de rizos rubios y definidos, como un trozo feliz de su cabellera; Carmen y Arantxa van por delante: nos esperan en una quebrada que hay que saltar, hasta un claro de húmeda arena. Caigo en los brazos de Carmen, mis senos duros y los suyos colgantes chocan. Arantxa sigue con las bragas puestas (un alucine), de un color verde marino. No pasa nada. El paso por las rocas dura lo suyo. La contemplación sube unos grados arriba. Los culos respingones, a ninguna le sobra la grasa. Astutamente quedo retrasada. Olga me da la mano para guiarme: es la experta del grupo, la veterana en esta andadura. Miren nos espera. Formamos dos grupos. El grupo de avanzada tiene cuerpos contrastados. María Jesús muy maciza (es la que más me atrae), Arantxa da una ligera impresión de amplitud, lo contrario de Carmen, aunque tiene las carnes prietas, casi rellenas; la diferencia, marcada, entre cintura y caderas la hace espigada y graciosa, pero mis ojos vuelven a buscar a Chus. Atrás, formamos un grupo homogéneo de menuditas y proporcionadas: la más fina, la más chica. Una piedra punza la planta de mi pie y me detengo.

—Es un coñazo —me dice—, pero a la cuarta te

acostumbras.

—Dentro de unos días nos hacemos esto de noche —se suma Miren al consuelo.

Una subida por rocas semiplanas y, en lo alto, se ve la playa recoleta, aprovechando un encogimiento del acantilado. Unas pocas piedras están clavadas dentro del mar; al otro lado, cierran la playa. Repetimos el momento de saltar: ahora a los brazos de Chus, quedándonos enzarzadas un rato. Luego esperamos a Miren: se lo está pensando, por aquello de bajar destrepando. Por fin se decide. Las dos esperamos con los brazos abiertos. Ella cae en un punto intermedio, o así. La caída no es brusca, suavemente damos los tres cuerpos en la arena.

Carmen nos espera en la entrada de una tienda con un doble techo rojo. Es la tienda más llamativa de todas las plantadas. Las tiendas de campaña ocupan la primera línea de playa; detrás, junto a la pared terrosa del acantilado, por donde asoman algunas raíces de los pinos escondidos tras el borde del precipicio, están las cabañas, armazón de palos, techumbre y paredes de caña: robinsonianas,..... En la tienda de al lado, un tío buenísimo, tumbado bocabajo, leyendo, tiene un culo pulido, bronceado y muy redondito. Saluda a Olga (será su amigo gay). Un poco más allá, dos coleguillas luchan con unos palos; van cubiertos con un mínimo taparrabos, una raya para guardarles la raja del culo y los testículos.

—¿Los conoces? —Carmen interrumpe la descarada forma en que les miro.

—No, no los conozco, para nada —y sigo pensando en los efebos.

Carmen mete medio cuerpo en la tienda para guardar mi bolsa. Estoy mosqueada: ¿por qué me ha hecho esa pregunta? Quizá es que todavía no la conozco bien.

—Estos también van hoy de movida —dice Miren por los tíos que me he quedado mirando.

Olga está hablando con el rubio guapísimo. Chus mira a los tíos que juegan. Carmen saca la cabeza para comprobar lo que ha dicho Miren. Creo que ha sido para echarme un cable.

—Nos vamos a duchar. Ya verás qué chachi —dice Chus tomando mi mano.

—Esperarme un poco —Miren toma mi mano libre—. Voy a coger una toalla, que empieza a hacer biruji.

—Chachi que sí —dice Carmen sacando la toalla—. Te enrollará...

—Vosotras, ir preparando una buena reserva de canutos —añado para entrar a tope en la excitación.

Arantxa saca de la bolsa el mazacote de haschís. Carmen intenta conectar el radiocasette a una vieja batería instalada entre la tienda y el doble techo. Por allí se filtra el último rayo de Sol del día. Me vuelvo, y ya está oculto tras la roca. La Luna aún no asoma por el otro lado del acantilado. Arantxa se toma en serio lo de los canutos: está pellizcando la gran bola con interés, sentada en plan piel roja. Deslumbran las uñas de sus pies, de un morado satinado, las caderas más anchas por la posición, el coño en lugar muy sombreado (se ha quitado las bragas en la playa). Las tres de la ducha la miramos como alejadas. Nos coscamos del asunto y damos unos pasos hacia el Oriente.

—¿Dónde vais? —dice Olga.

—Al caño, para quitarnos la mugre que traemos del moro.

—¡Qué os cunda! A mí, el Mar, que es más sano.

«*Dancing, drinking, loving...*». La música que ha conseguido conectar Carmen empieza cuando partimos.

El azul del cielo adquiere tintes añil en el centro de su arco. El Mar está verdísimo. Las olas crecidas rompen bruscas en las rocas dispersas que cortan su acercamiento a la playa, la espuma blanca llega casi al borde de la puerta de las tiendas: la pleamar total. Miren toma mi cintura. Saltamos a la orilla, la fría agua del Mar en los tobillos. La brisa que sopla de poniente viene suave y un poco fresca; me está dando en la espalda y los riñones. Miren se separa y nos salpica con el pie. La toalla colgada al hombro se le cae al agua. Aprovechamos que se entretiene para huir, después de responder con patadas al agua su imprevisto bromazo. Yo casi me trago una tienda. Paro un pelín sofocada. Miren no nos ha seguido, parada dentro del agua, los brazos en cruz —

en una mano cuelga mojada la toalla— como en una interrogación.

—Voy a por otra —grita.

—¡Trae el gel de baño!

—Ja, ja haha ¡qué pasada, tú! ¡El baño!

—Es auténtico. No te rías.

—Te creo, vale.

Tomo a Chus por la cintura y empujo en la dirección que llevábamos.

—Ahí es.

—¡Hostias! Es un alucine.

La playa termina: a la derecha, un rocón golpeado por el Mar y clavado en tierra; a la izquierda, el acantilado que se acerca al Mar; en medio, piedras lamidas, donde cae un chorro de agua desde la cima del acantilado. Miren nos alcanza a la carrera, tropezando con nosotras, quietas, pasmadas viendo la cascada.

—Es aguadulce —dice Chus.

—Estará helada, tía —meto la mano bajo el chorro.

—La impresión, nada más: tranqui...

—Brrrr... Baja de la montaña, ¿no? —digo.

Miren me empuja, tropiezo con una piedra haciéndome daño en la punta del dedo, aunque no caigo porque corro ante la impresión del agua. El caño ha golpeado en mis hombros unos segundos, pero ha sido muy fuerte. Chus entra bajo el agua.

—Ven...

—Yo voy pal Mar —dice Miren, en vista del plan que llevamos.

¿Se había extrañado conmigo?

—Bufff.

Estaba tocando el agua.

—¡Ven!

Chus me tiende la mano.

—¡Guau! —chilla Chus, porque sigo tiesa.

—Tía, no me acojones más.

—¡Ven!

—Esss-tá-tá-fffría.

—Iujú —dice Miren desde el Mar.

Chus retira una botella que está llenándose encima de una piedra, entrando el líquido por su ancho cuello: es un botellón de cocacola. Cojo el gel. Me estoy acostumbrando a la temperatura del agua. Pero todavía, cuando cae directamente en mis pechos, me estremezco así. Con el bote de gel en la mano, me atrevo a meter la cabeza bajo el caño y a empaparme bien de agua. Cae un chorro nada más y, para caber las dos nos tenemos que juntar mucho. La cascada tiene poca fuerza y las dos levantamos la cabeza hacia arriba, cayendo el agua en nuestras caras y pechos. Noto su vientre contra el mío, los muslos enfrentados. Al bajar los rostros, nuestros labios quedan muy próximos, sintiendo (no sé cómo) su aliento en el bigote. Nos besamos avanzando los morros. El bote de gel se me escurre de la mano (chop). Chus coloca mi cabeza bajo el agua, agachándola un poco. Retomo el bote, subo la cabeza y choco con un seno, mi mejilla roza un pezón erecto, en el que doy un corto lametazo, para seguir hasta el cara a cara (estoy sorprendida con el derrotero que toma la historia). Chus se me acerca, el caño rompe estrepitoso en su cabeza, el agua le corre por la cara a raudales. Con una caricia, ayudo a que se inunden sus sedosos cabellos rubios. Nuestros pechos se tocan. La obligo a que se dé la vuelta y termino de mojar su pelo, palpando cómo se humedecen las puntas. La piel de la espalda la tiene muy tersa, suave, los poros muy finos, el culo hermoso, con una raya muy débil de bañador. Todo el caño golpea en mi coco. Empujo un poco a Chus y me aparto del caño. El chorro nos separa.

Miren aparece del Mar, andando con cuidado, pues el fondo es pedregoso, para meterse bajo el caño. Noto su cuerpo muy cerca y su pompis golpea el mío cuando empieza a restregarse y sacudirse la sal del Mar. Chus sacude el agua de su pelo, unas cuantas gotas me salpican o hay una confusión con las que se desprenden del cuerpo de Miren. Chus entra otra vez en la cascada. Me doy cuenta de que tengo el gel olvidado en la mano. Echo un chorro espeso en la otra (una idea genial): allá voy a frotar la cabeza de Chus con

el jabón. Chus capta la movida.

—Trae —dice por el bote.

Miren está pillada total, cogida entre nuestros brazos que frotan los cabellos opuestos. Se deja hacer, moviéndose en un baile lento. Con las manos enjabonadas, recorreremos los costados de Miren, echamos más gel, ella da media vuelta; así limpio sus tetas, la tripa, las ingles. Ella rasca mis rizos con las uñas. Me acerco a ella todo lo que puedo. Con las manos alcanzo los sobacos de Chus, su espalda, el trasero, buscando en la entrepierna (a mí otro tanto). Parece que todo el peso de los tres cuerpos me viene encima; me palpan las ingles, tensas. Nos separamos, poquito, para el aclarado.

—¡Vaya escándalo! —dice un tío con soniquete afeminado, en ficticio.

Yo me corto muchísimo (iba a pasar a ocupar la plaza del centro y...).

—Mari Loli, que me enfado —dice Chus.

Es uno de los chicos del taparrabos mínimo. Pienso que no ha puesto mala intención en la voz. Algo exagerado en las formas. Es muy joven y lindo, los ojos muy claros, y el cabello semilargo y liso. Miren le echa un puñado de agua. El chico se asusta y se aparta cuando estaba a punto de alcanzar la botella de coca.

—Buah. Estáis locas todas —responde.

—Coge la botella, hombre, no tengas miedo —amenaza Miren.

—No, que me mojas —en plan vacile.

—Mira... me doy la vuelta.

—Tú quieres engañarme.

—Ni... con... otro —dijo imitando su voz.

—Oig... ¡qué fuerte! Me voy a bañar con vosotras.

—Ni se te ocurra —dice Chus.

—Jo...

Miren va hacia la botella, aunque el chico se adelanta y sale zumbando; Miren pretende echarle la zancadilla inútilmente. El Chico se aleja sin mirarnos.

—Qué morro, ¿no?

—...

—Todavía tienes la cabeza blanca —me dice Miren. Debajo del caño estoy ciega, quiero situar a Chus.

—Son unos cachondos... y están loquísimos —dice delante de mí—. Esta noche montan una fiesta con nuestro chocolate.

—Hola...

Una pareja, tío y tía, se han acercado sin que me diera cuenta. Vienen con dos cantimploras en la mano. Yo ya estoy limpia y ayudo a Miren para la espalda. El rollo no da para más en esas circunstancias. Los jipis (esa pinta tiene la pareja) esperan apoyados en la pared a que terminemos. Se dan un pequeño muerdo en la oreja, muy abrazados: el tío contra la pared y el cuerpo de la chavala (algo más baja que él) escondido en sus brazos. El siguiente beso dura más.

—Poned las cantimploras, si queréis...

El tronco acepta nuestra sugerencia. Nos apartamos para secarnos con la sola toalla, de un modo muy calmado y compartido. Los chicos han llenado deprisa las cantimploras y nos dicen adiós.

—Yo me meto al chorro otra vez —digo, atrevida.

Chus me acompaña. Volvemos a abrazarnos y nos besamos bien.

—¡VAYA ESCANDALO! —ironiza Miren.

Nos corta. Salimos del chorro. Ella tira la toalla a nuestras cocorotas. Entre las tres nos frotamos la felpa por todo el cuerpo, en plan secado ultrarrápido.

—¡Qué dabuti! —digo.

—No veas nosotras que llevamos cinco días sin probarlo.

—Y... ¿no olíais?

—¡Hala, tú!

—Es que te deja bien, ¿eh?

—Ni frío ni calor —confirmo.

Nos sacudimos los pelos: para que queden naturales y salga el agua de las orejas. Chus, además, los exprime retorciéndolos. Miren y yo vamos hacia ella con la toalla; entre las dos casi le volvemos el cuello.

—¡Burras! —Chus sale corriendo, huye gacelamente.

Olga y Arantxa están en el Mar. Olga nos ve volver y

saluda con la mano. Mar adentro, las olas dejan ver o ocultan la melena morena de Arantxa nadando a tope. La brisa nos ha dado un poco de frío después de la ducha. Las tres nos juntamos pasando una toalla por los hombros.

—Mirad qué cielo, tías.

—Muy bonito...

—Eres una sosa, Chus.

—Déjala, Rosa —dice Miren—, siempre ha sido así.

—¡Ay! —he dado un pellizco en la cadera de Chus.

Yo me separo, yendo hacia el Mar. Tropiezo con Olga que sale, casi la tiro. Chus ha tropezado con el viento de una tienda y se levanta, salpicada de granitos amarillos en la piel. Cuando se acerca, la salpico. Ella se viene directa hacia mí, sin parar, se echa encima y me tira al agua, cayendo conmigo. El agua que trago me hace toser. Me revuelvo. Olga quiere levantarme justo cuando Chus vuelve al ataque y puede con las dos. Entre Olga y yo tratamos de hacerle una aguadilla; imposible: su cabeza entra en el agua salada, pero no resistimos su fuerza por incorporarse más de tres segundos. Miren nos ayuda, y ella sí consigue meterla bien dentro del agua. Una ola fuerte viene y nos tapa a todas; Miren no se mantiene y se da una culada de aúpa. Nos levantamos las cuatro.

—Brrrrff —dice Chus.

Carmen ha permanecido sentada delante de la tienda, sobre una manta roja, los brazos cruzados sobre las rodillas, mirando alegremente los chapuzones que nos pegábamos. Ahora tiene que retirarse para no ser pisada. Cuando llega Chus, tras Miren, se levanta ante el peligro de ser arrollada. Chus y Miren caen sobre la manta. Olga me pasa la toalla con la que ha terminado de secarse. Arantxa llega por detrás y se abraza a ella, toda mojada.

—¡Me cagüen...!

Carmen observa cómo luchan en la manta Chus y Miren. Hacia ella voy secándome. Nos sentamos cuando se calman las peleonas. Olga y Arantxa están abrazadas. Cantidad de basca nos rodea, pero pasamos. Yo no soy nada pureta... «*I feel the earth move down my feet*».

—¿Te gusta la Carola?

—Cantidad.

Estamos extasiadas ante los colores violetas del atardecer.

—¿Habéis hecho muchos canutos?

—Sí —riendo Carmen.

Chus nos choca tiernamente las cabezas y se hace un sitio en medio de las dos.

—Mañana habrá que ir a Chiclana, ¿no?

—Fijo —responde Carmen—, tenemos mucho marrón encima para un lugar como éste.

Miren se sienta a mi lado. Localizo un peine en la Manta. Miren tiene los pelos cortos y de punta. Me abro de piernas en su lomo y le giro la cabeza, paso la pierna derecha por encima de las suyas y le doy al peine. Los pelos son rebeldes, ella se ríe. Olga y Arantxa se tumban en la manta. La distracción, por mirar el magreo, hace que dé un tirón de pelos bestial en la cabeza de Miren. Jugando, me empuja para atrás y fácilmente pierdo el equilibrio. Enseguida está encima de mí, aprisionándome, empeñada en peinarme a lo bestia y de cachondeo. De momento, no reacciono: estoy viendo la negrura de su pubis encima de mi ombligo, cierro los ojos y pienso en ello totalmente excitada (llegando a imaginar en un flash su sexo abierto), abro los ojos y muevo la cabeza a los lados. «No te escaparás», dice con sornilla; me da la risa, desvió la mirada hacia Carmen y Chus, levanto las caderas (pesa mucho porque la risa me quita fuerzas). En el segundo intento consigo derribarla... hacia mí, encima de mí: le atenazo la espalda con los brazos, cogidos por la muñeca, presa inexpugnable. Estira las piernas sobre las mías, levanta la cabeza; sus cabellos húmedos rozan mi cuello cosquilloso. Sonríe, mostrando su dentadura blanca, los paletos potentes, las encías sonrosadas; baja la cabeza y me besa la barbilla. Aprovecho la debilidad para darle la vuelta definitivamente. En el giro, los dos cuerpos siguen muy juntos, sus senos en los míos, vientre contra vientre, yo pongo las piernas abiertas para devolver la presa. Pero mi pie izquierdo va al rostro de Chus; por suerte, el culo de Miren choca con ella (supongo), la empuja derribándola en el cuerpo de Carmen, quien a

duras penas se sujeta y cae. He conseguido hacer la voltereta completa. Estamos los cuatro cuerpos mezclados. A mis espaldas, no distingo qué carnes aplasto. Miren y yo estamos de frente... ardiendo.

Una gente extraña aborta el momento: preguntan si tenemos costo. Olga los manda a tomar por culo, peyorativamente hablando.

—¿Te has hecho daño? —pregunto a Carmen.

—Sí.

Cojo su cabeza, donde creo que la he dado (no sé por qué), entre mis manos, muy delicadamente, para acercármela y le doy un beso.

—Qué gente, ¿no? —exclama Olga.

Carmen me devuelve el beso, complacida. Y curada.

—Con lo tranquilas que estábamos... —comenta Arantxa.

—Claro —dice Miren—. El joín que habéis...

—¡Qué cara tenéis! —salta Chus—. ¿Te has hecho daño, Roxi?

«Music», pienso. «No», contesto.

—Pues trae, que te doy un beso.

La broma es guapa.

—Bueno —dice Olga—, ¿sacamos los petas y una botella de güisqui que ha traído Rosa?

—Vale.

—...

—¡Oye! La Carmen no se ha bañado hoy... ¡Ey!

Se monta un tropel colectivo.

—Me baño si venís conmigo —propone Carmen cuando todavía no hemos conseguido moverla—, ¿vale?

Todas vamos de nuevo al agua. Yo me quedo al borde, bañándome los dedos del pie.

—No te dé canguelo.

—No me apetece nada.

Carmen se tira de cabeza contra una ola, sale del agua con las manos en la cara, empuja el cabello para atrás. Miren está cerca entrando a tientas. Olga y Arantxa van decididas y cogidas de la mano: se tiran después de una ola.

—Yo voy a tirarme —me dice Chus.

—Ahora voy yo...

Ella sale corriendo y, a la tercera zancada, se tira de cabeza pasando limpiamente debajo de una ola. Miren sigue tanteando. Muy despacio, pues el agua me produce mucha impresión, me acerco a ella. Chus sale del agua sujeta del pie de Carmen que va al agua. Olga y Arantxa se van por donde no hacen pie. Miren y yo nos salimos, mojados los pechos por el oleaje.

—Esta noche, cuando estemos pedo, estará más caliente digo entusiasta.

Nos sentamos. El viento está aumentando de velocidad. La mitad de la luna asoma por el acantilado, llenando de luz un espacio grande del cielo que compite con la poca fuerza que le queda al ocaso. Chus se sienta a mi lado, empapada. Siento su cuerpo frío junto al mío, aprisionado con el de Miren, Carmen también ha vuelto, está encendiendo un canuto.

—Con esta Luna —comenta Miren—, como hagamos una movida esta noche, puede ser un auténtico aquelarre.

Chus me da besitos en la espalda.

—Cosa de brujas, pues...

Las cuatro fumamos el canuto, sintiendo crecer la noche. Cerca, han encendido una hoguera, las llamas saltan chispeantes y llenan la arena con nuestras sombras. Chus deja de besarme para darle al porro. Yo sigo acariciando su espalda.

—La Luna se queda ahí colgada, no sube del todo... y va paralela a la playa, ¿no? —comenta Carmen.

Olga y Arantxa regresan corriendo, ateridas.

—Ya le estáis dando al porro, ¿eh?

En la manta hay varios esparcidos. Nos pasan uno, y ellas toman otro para fumárselo dentro de la tienda.

Acabamos el segundo. Nos arrejuntamos cuando arrecia el viento. Los besos se escapan sueltos, indiscriminados. Detrás, corren la cremallera de la tienda. Pienso en la fumada: «Hasta hartarnos, también de alcohol»...

«Acabar en esas condiciones, ingeridos todos los estimulantes. Las seis yaciendo en la misma tienda». La noche me embriaga.